

**TRANSGREDIR EL SISTEMA:
CRÓNICAS SOBRE MUJERES TRANS Y
ACCESO AL TRABAJO FORMAL.**

**TRABAJO
TRABAJO
TRABAJO
TRABAJO**

JULIA MORETTI

**TRANGREDIR EL SISTEMA:
CRÓNICAS SOBRE MUJERES TRANS
Y ACCESO AL TRABAJO FORMAL**

JULIA MORETTI

PRÓLOGO

En el año 2007 sale a la luz el primer número de la revista *El teje*, primer periódico travesti latinoamericano, y con él, otra manera de hablar y producir, pero también de juntarse, de unir espacios institucionales (el Centro Cultural Ricardo Rojas), espacios de militancias feministas, Área de Tecnologías de Género?, y colectivos travestis. Ese encuentro es relatado en la editorial como la producción de un espejo, una imagen travestida, que de?volviera otra mirada y permit?iera percibir el mundo desde otros lugares. Salir a la luz implicaba buscar nuevos mecanismos para enfrentar el silencio histórico al que se condenaba y se sigue condenando a las personas trans. Y desde su primera página, enunciaban un grito de guerra: “somos la presencia que persiste”.

Las políticas de exclusión, persecución, patologización?, con sus prácticas humillantes,? buscan la condena a la soledad, el encierro, pero, sobre todo, la desaparición de las personas trans de la vida comunitaria. La palabra, el relato, la imagen y las leyes (la ley de identidad de género y la ley de cupo laboral trans en la Provincia de Buenos Aires) vienen a dar forma a esa persistencia?, desordenan y ponen ?de manifiesto las violencias y la sangre que corre en la falsa calma de la “normalidad”. Las fronteras de género y sexualidad generan jerarquías, instituyen categorías de humanidad dejando afuera del logos, de la palabra, del amor y del derecho aquellas personas que considera desechables, que sus vidas no valen tanto como la de otras

personas. Una política de la escucha que se vuelve trama y que merece multiplicarse.

La crónica juega de frontera, se sitúa en ese punto entre el yo y una política colectiva. Julia, en su narración, encuentra personas, las escucha y, sobre todo, deja hablar. Si bien es ella la que finalmente parece poner la palabra, son las vidas de las personas entrevistadas, sus reflexiones, sus encuentros, sus producciones e imaginaciones, las violencias por las que transitan, las que, finalmente, hacen posible que aparezca un relato, una trama que pueda volver visible la persistencia. Las crónicas surgen de los relatos del yo de esas personas, relatos que juegan entre la ficción. Se cruzan afectos, derechos, cuerpos, identidades, heridas y violencias. En esos nudos hay circulación, experiencias que exceden a una mera voz sin reflexión, experiencias que producen modos de ver? y pensar los límites, las políticas. Lugares adonde ir a buscar formas de saber, de “contrasaber”, pero también del saber hacer del (y en el) mundo. Recovecos en donde se tejen lenguas, de las nuevas, de esas que discuten, pero también de las que quieren reproducir lo ya dicho, reír en ese fragmento, insultar, vivir.

En ese mismo número inicial de *El teje* aparece una entrevista a Lohana Berkins, madre política y afectiva ? de? tant*s y en la ?entrevista le preguntan sobre el carácter político de las travestis: ?”?Las travestis no tenemos una participación ciudadana total porque todavía no lo hacemos desde el placer, la vida cotidiana, el estudio. Todavía la sensación que subyace es que tenemos que defender la

mera condición de humanidad, lo cual me parece deplorable, porque si hablamos, pensamos, tenemos nombre, somos humanas y de eso no se puede borrar la evidencia”.

“Si yo quisiera podría transformar mi historia en olvido, mi cuerpo en cita, mi felicidad en grado de concordancia. Podría dejar de ser trans y convertirme en un hombre, tan sólo un hombre, parte del mundo donde reinan hombres y mujeres reinan. Por supuesto que podría, si yo quisiera. Pero no quiero”, escribe Mauro Cabral En “Cumbia, Copeteo y Lagrimas. Informe Nacional sobre la situación de las travestis, transexuales y transgéneros”. Las crónicas que componen este libro se suman a esos otros relatos e imágenes que luchan incansablemente contra esa maquinaria normalizante que lo que busca es borrar la evidencias de vida y afectos, vencer la voluntad que las hace persistir como extranjeros en la normas de género.

Ariel Sánchez

INTRODUCCIÓN

La diversidad sexual existió, existe y va a seguir existiendo. Este libro de crónicas es el resultado de seis entrevistas a mujeres trans que viven en La Plata, Capital Federal y el Gran Buenos Aires. Porque lo que no se nombra no existe, conocer a estas mujeres permite adentrarse en algunas realidades, diferentes pero en algunos aspectos similares, de un colectivo que se cansó de estar a la sombra.

En ese escenario –complejo, diverso y particular– la primera figura que aparece es la de Karola, mujer y migrante. Si nos guiamos por las propias concepciones del universo policial, ella contiene algunas de las peores cualidades que puede tener un ser humano. Vino desde Perú con la idea de llegar a Europa, pero el territorio argentino la convenció y vive en La Plata desde hace casi diez años.

Fue una de las primeras mujeres trans en ser incorporadas en el Municipio de La Plata gracias a la ley de Cupo Laboral Trans, ciudad que además le hizo conocer su actual espacio de militancia: Otrans.

Por su parte, Laura creció en un barrio con vecinos militares –el trabajo de su padre fue el condicionante principal para que eso sucediera–. Entre sesiones de terapia que le diagnosticaban una enfermedad e instituciones que no respetaban su identidad, pasó su juventud como pudo. Encontró en la Facultad de Periodismo un lugar de inclusión y empezó a sentirse mejor.

En las épocas donde todo fue oscuro, el maquillaje fue su salida laboral y un VHS de Nina Simone le permitió hacer el famoso clic mental: ser libre era no tener miedo.

Silvana es una efusiva militante trans del Conurbano; la columna vertebral de su vida es ATTTA y su color es el fucsia, después del celeste y blanco. A pesar de irse de su casa a los 12 años y empezar a ejercer la prostitución, es defensora de los derechos de las trabajadoras sexuales porque cree que ninguna mujer nace con el derecho de decidir sobre el cuerpo de otra.

A Silvana la calle y las chicas trabajadoras que luego se convirtieron en sus amigas, le enseñaron todo. Ahora, siente que lo que aprendió tiene que compartirlo con otras mujeres y trabaja y milita todos los días en la Dirección de Diversidad Sexual de Lomas de Zamora para lograrlo.

En el secundario, Martina formaba parte del grupo de “los putos” del curso, en un colegio ultra católico de San Miguel de Tucumán. A los 15 años, una profesora de geografía le hizo conocer el primer boliche gay y una compañera del ballet le hizo darse cuenta de que podía vivir como una mujer trans.

A los veinte pocos, armó el bolso y se mudó a Capital Federal con el deseo ferviente de seguir bailando. La gran ciudad la esperó con el trabajo en la calle, entrevistas frustradas y, al final, con la libertad de poder llamarse como ella lo sentía desde que tenía memoria.

Valentina es de Santiago del Estero, una de las provincias más conservadoras que tiene la Argentina. De carácter contestatario, recuerda cuando la maestra la retó

por haberse comprado un sacapuntas rosado y ella le contestó que era una “marimacho”.

Hoy, trabaja en el Anexo de la Cámara de Diputados, después de haber sido reincorporada mucho más tarde que sus demás compañeras despedidas por haber denunciado al intendente de La Plata Julio Garro por sus dichos transfóbicos, en plena campaña del 2015

La última de las entrevistadas es Micaela, que ocupa un puesto de trabajo administrativo en la Policía Federal Argentina, por más irónico que parezca, o, como dijo ella: “aunque suene antagónico”. Los deseos por independizarse económicamente a floraban desde su adolescencia y a los 18 años se mudó de Lanús a Capital Federal para trabajar en la policía, como su padre.

Realizadora compulsiva de cursos de todo tipo y fanática del ejercicio, es *personal trainer* y equilibra su vida entre su trabajo, visitas a sus sobrinos y viajes con su pareja.

Seis mujeres trans que vivieron sus infancias de manera diferente se abrieron a contar sus miedos, sus alegrías, sus intimidades, y las seis crónicas trataron de representar estas experiencias diversas. Estas historias tienen el objetivo de movilizar a cada uno y cada una que las lea y generar algo que parece faltar en estos tiempos: la empatía.

KAROLA

—Soy Karola, tengo el secundario completo, no tengo experiencia y estoy en situación de prostitución.

Esas pocas palabras fueron el Currículum Vitae de Karola para tener su primer trabajo formal en la Dirección de Políticas de Género de la Municipalidad de La Plata. Llegó a la Argentina en el 2008 después de haber vivido cuatro años en Lima, el primer lugar al que aspiran llegar las mujeres trans de Perú. Siempre en situación de calle, claro; no hay lugar en el mundo laboral formal para ellas.

Vive cerca de la terminal de ómnibus de La Plata, en un primer piso. En la esquina hay una verdulería que le da los colores a la cuadra; los demás edificios son casas particulares. Suena el timbre y se asoma un hombre al balcón, cual viejo chusma del barrio, controlando todo lo que pasa en la vereda y especialmente en la puerta de su casa.

—¿Qué necesitás? —me dice, mirándome con los ojos entrecerrados.

—Vengo a ver a Karola. Ya está bajando a abrirme —le sonrío, buscando confianza.

—Ah, está bien...

El hombre se mete de nuevo en la casa. Minutos después, durante la charla, aparecería cerca de la cocina con aires curiosos, tratando de escuchar alguna parte de la conversación. Karola baja acompañada de tres caniches color negro que se le mueven insoportablemente entre los pies. Los perros nos siguen y entorpecen los pasos que damos a lo largo de la escalera de granito, camino a la cocina-comedor de su casa. Son las cinco de la tarde, Karola acaba de llegar del trabajo y está en modo “entrecasa”.

Es peruana, no supera el metro sesenta y cinco, lleva el pelo negro tirante con un pequeño rodete atrás de la cabeza, las cejas pintadas y los ojos delineados. Habla, juega nerviosamente con una caja que tuvo en algún momento sahumeros y responde mensajes en su celular; todo al mismo tiempo. Cerca de la mesa, sobre un mueble con estantes, hay varias botellas de vino abiertas, mazos de cartas, fotos, papeles...

Cuando llegó a La Plata empezó a participar en Otrans (Organización Trans), una asociación civil que trabaja en la defensa de los derechos humanos, y en la que llegó a ser presidenta. Desde ese momento, la militancia viene siendo la columna vertebral de su vida en Argentina, algo que no conocía en su país natal.

En Perú no existe la Ley de Matrimonio Igualitario,

la Ley de Identidad de Género y mucho menos la Ley de Cupo Laboral Trans, que en Argentina fue aprobada en 2015. La ley garantiza (o eso sería lo ideal) que el 1% de los cargos estatales estén ocupados por personas trans y travestis mayores de 18 años.

Resguardarse

Karola se siente Karola desde los primeros años del secundario, cuando tenía que fingir la voz, sentarse derecha, y no cruzar las piernas ni mover las caderas cuando caminaba como un varón bien masculino, como correspondía. Pero Karola podía ser Karola sólo durante algunas horas.

Los certámenes de belleza en Perú siempre fueron muy populares. Allí se elige la reina de la primavera, del estudiante, del carnaval, de la ciudad; hay una reina para cada ocasión. Con esos eventos, Karola y sus amigas comenzaron a transitar sus identidades trans; pero sólo de noche y a oscuras, ocultas, frente a la menor cantidad de ojos posible. La sociedad peruana es y sigue siendo una de las sociedades más machistas, patriarcales y con los valores católicos más arraigados.

—Nosotras queremos salir de nuestra ciudad para llegar a Lima; de ahí, el siguiente paso es Argentina; después Europa. Si llegás a Europa, ya está, no necesitás nada más.

El sueño de llegar al viejo continente y sentirse realizado parece el de cualquier otra persona. Cualquier otra

persona que sea varón o mujer, cis sexual y heterosexual, claro. Las personas cis sexuales son aquellas que se sienten identificadas con el género que se les asignó al nacer. O, también, cualquier otra persona que pueda fácilmente acceder a una educación, convertirse en un profesional, trabajar, ahorrar, tomarse un avión y realizarse en Europa. Para Karola y para cualquier mujer trans no fue, es, ni será así de fácil.

Uno de los perros salta y apoya las patas delanteras sobre mis piernas. Karola lo reta, pero el animal no se inmuta. Le acaricio la cabeza y los rulos se me enredan entre los dedos. Cuando levanto la cabeza, veo que se acerca su compañero, pero antes de que llegue hasta mi silla, Karola se levanta y los alza, llevándolos a otra habitación.

Karola vivía con su mamá, su padrastro, hermanos, algunos tíos y sobrinos en Tarapoto, Perú. A los 21 años decidió irse de su casa para estudiar una carrera y trabajar. O eso le dijo a su madre. O, mejor dicho, ese era el plan inicial. Más del 90% de las mujeres trans son expulsadas de sus hogares, pero a Karola no le pasó lo mismo.

—Me fui porque sentía que les estaba faltando el respeto. A mí me criaron en el catolicismo desde muy chica y veía que en otras familias había alguna chica trans y los hermanos la discriminaban. Era una sociedad muy machista y no quería que mi familia sintiera vergüenza de quién era yo; lo sabían, pero el tema no se hablaba —me dice y agacha la cabeza.

La situación fuera de su casa era diferente. Solía reunirse a la tarde a jugar al vóley con otras chicas. Con ellas

siempre fue Karola; las unía la pasión por el deporte y la identidad que las hacía sentir tan cómodas entre ellas y tan incómodos a los demás.

Nómade

Karola llegó sola a Lima y la única posibilidad de “trabajo” que encontró fue la calle. Su idea de trabajar y estudiar se desmoronó cuando se vio en la necesidad de trabajar más de doce horas para sobrevivir. Allí, en la capital de Perú, entre la calle, las nuevas amistades y el miedo de estar en un lugar que no conocía, inició su transición.

—Vivía con otras chicas trans en una casucha porque no nos querían alquilar otro lugar. Había otra gente también; personas que delinquían, que se drogaban, marginados de la sociedad, digamos. Yo no era nadie para decirles a ellos que no robaran, que no fumaran. Mientras no me faltaran el respeto, no me molestaba; convivíamos, pero cada uno tenía su mundo.

En octubre de 2016, la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (en inglés CEDAW), perteneciente a la ONU Mujeres, se reunió en Suiza para visibilizar la situación de las mujeres trans en Argentina. Allí, un equipo de militantes de Otrans —incluida Claudia Vásquez Haro, su presidenta actual— presentó un informe exhaustivo sobre el acceso —o la falencia— a los derechos básicos humanos: salud, vivienda, educación, integridad física; acompañado

del marco normativo y legal que posee la Argentina.

Según una encuesta realizada por el INDEC y el INADI en 2012, se determinó que un 46% de la población trans encuestada, vivía en casas deficitarias, sin recolección de residuos, pavimento o alumbrado público. Por lo general, la población transexual no está incluida en los planes de vivienda del Estado: “son sólo para familias cis sexuales, con hijas e hijos”, decía en el informe. Además, al no contar con un trabajo formal, las mujeres trans no perciben un recibo de sueldo y les resulta todavía más difícil acceder a un crédito.

—Cuando llegué a Lima y me vi en esas condiciones... No sé, fue duro, MUY duro, pero dije: lo hago. Ya había llegado al primer escalón, ¿viste?

En 2008, Karola llegó al segundo escalón en la pirámide: Argentina. El sueño de estar en Europa estaba cada vez más cerca. Estuvo en Mar del Plata dos meses, hasta que llegó a La Plata y la ciudad de las diagonales la recibió con más deporte. Los primeros meses se pasaron entre tardes de paseo y partidos de vóley en el bosque junto a las demás chicas de Otrans.

—Todo lo que conseguí y sigo consiguiendo, se lo debo a la militancia. Es una realidad. Yo soy consciente de que empecé a trabajar en la municipalidad porque era la presidenta de Otrans, no porque era Karola. Todo se lo debo al acompañamiento de la agrupación, la política es así.

Termina de decir esto y corre la silla para atrás haciendo un ruido que me retumba en la cabeza. Pienso en el vecino de abajo y me pregunto para qué se levantó tan

de golpe de su lugar. Me ofrece té y le digo que no, gracias, el día estaba demasiado caluroso para tomar algo caliente.

El trabajo y la militancia

En 2013, Otrants y la Municipalidad de La Plata no tenían la mejor relación. Había ciertos roces y problemas que se trataron de esconder dándoles un puesto de trabajo a Karola y a dos chicas trans más. Karola empezó como administrativa y al poco tiempo pasó a trabajar como operadora en un refugio para mujeres víctimas de violencia de género. Luego, la pasaron al área de Desarrollo Social, en la parte interna de Migraciones.

Hasta diciembre de 2015, la Municipalidad de La Plata le brindaba un pequeño subsidio a Las Mirabal, una ONG de contención y apoyo para víctimas de violencia de género. Karola trabajaba allí junto dos abogadas recorriendo algunas escuelas de La Plata y alrededores dando el taller “Noviazgos libres de violencia”. El curso buscaba concientizar sobre los orígenes de una relación violenta porque, sin dudas, es una problemática alarmante en Argentina: cada 18 horas matan a una mujer y el femicidio es el último paso en la pirámide de la violencia machista.

—La violencia de género no es sólo pegar. Si te controla el celular, si te agrede verbalmente, si te manipula psicológicamente... Eso ya es violencia, chicos, es la base de todo.

Los chicos y las chicas la miraban sorprendidos, admirados. No era fácil caer en la cuenta de que pudieron haber estado en una situación de violencia de género, en peligro, y que podría haberse puesto peor. Karola insistía en la desnaturalización de lo naturalizado. Al final del taller, muchos y muchas le agradecieron.

—Las víctimas pueden ser ustedes, chicas, sus hermanas, amigas, madres... Y a ustedes, varones, ¿les gustaría que una hermana o una amiga esté en una situación de violencia de género?

Cuando en diciembre de 2015 cambió el gobierno municipal y a Karola y a otras dos compañeras, Valentina Pereyra y Laura Moyano, las despidieron. Las Mirabal dejaron de recibir el subsidio —actualmente funcionan como una cooperativa— y, paradójicamente, comenzaron a llegar a la ONG cada vez más mujeres que necesitaban asesoramiento legal y contención psicológica de manera gratuita.

—Ahí empezamos a hacer quilombo con las chicas de Otrans. La Ley de Cupo Laboral Trans se había sancionado hacía pocos días y no podía ser que ya hubieran despedido a tres chicas. Era ilógico.

Ese quilombo tuvo resultado. El Secretario General de la Municipalidad de La Plata, Javier Mor Roig, recibió a Karola y a Claudia Vásquez Haro. “Claudia me cambió la vida”, dice Karola, y sonrío. Juntas le explicaron la realidad de las chicas trans en la ciudad: la vulnerabilidad en la que se encuentran por estar en situación de prostitución y la desprotección que sufren al ser violentadas y detenidas ar-

bitrariamente por la policía. Javier Mor Roig reincorporó a Karola y a sus dos compañeras en el área de Capacitación de la Dirección de Políticas de Género, pero había que seguir luchando: el acceso y la posibilidad de un trabajo formal tenía que ser para todas, no sólo para dos o tres personas.

El celular de Karola empieza a sonar y las vibraciones se sienten por toda la mesa de madera. Me pide permiso para atender y desliza el dedo sobre la pantalla, iniciando la llamada. Le dice al interlocutor que está con gente y le da la dirección de su casa, que lo espera en una hora. Mientras habla, recorro la habitación con la mirada y veo una pequeña cruz colgada en la pared que no había visto antes. La religión sigue siendo parte de su vida. Karola corta y sigue con su historia.

Una de las instituciones estatales a las que tuvo que ir Karola a realizar las capacitaciones sobre género y diversidad fue la policía. La misma que requisaba, amenaza, violenta y mete presas a sus compañeras de militancia y de calle sólo por ser trans y migrantes.

— ¿Qué pasa si un vecino llama y nos dice que en su vereda hay una chica trans prostituyéndose? —preguntó un oficial en uno de los talleres.

—La prostitución en Argentina no es un delito, la chica no puede retirarse —le respondió Karola.

— ¿Y si el vecino quiere que alguien intervenga?

—Debe hacerse el llamado correspondiente y tiene que acudir personal femenino para que...

—Claro, sí, sí... yo puedo capacitarme y todo, pero si a mí el jefe me dice que reprima, tengo que reprimir.

Las capacitaciones a la policía no eran fáciles. Los hombres tenían la cabeza muy cerrada, había mucho desconocimiento. Había casos en los que las mujeres policías estaban aprendiendo sobre cómo actuar en un caso de violencia de género cuando ellas mismas se encontraban en esa situación dentro de sus casas.

Ser trans

Según el informe presentado en la CEDAW, la Sala IV de la Cámara de Garantías de La Plata informó que el 91% de las mujeres trans y travestis bajo custodia del Servicio Penitenciario Bonaerense (SPB) se encuentran privadas de la libertad por infracción a la ley 23.737, la famosa ley de estupefacientes. No hay otro grupo poblacional que esté preso en su totalidad bajo la misma calificación.

Las detienen cuando están paradas en las esquinas, cuando las ven subirse o bajarse de un auto o charlando con otra persona. Pero la detención es el último paso. Antes averiguan sus identidades presionándolas, las hostigan, humillan, en muchos casos las obligan a desnudarse en la vía pública y las agreden sexualmente.

En 2016, el Ministerio de Seguridad de la Nación sancionó un nuevo “Protocolo de actuación para la realización de allanamientos y requisas personales” que habilitó, en contradicción con el Código Procesal Penal de la Nación, a las fuerzas de seguridad a detener y realizar

requisas sin orden judicial a partir del “olfato policial” y de información anónima.

—Nuestra situación termina dependiendo de los altos mandos, entonces terminamos sintiendo que la capacitación fue en vano, si después el jefe dice que nos caguen a palos. Tanto trabajo, tanta charla, tanto esfuerzo... — dice Karola, casi con la voz apagada.

Hablar de detenciones arbitrarias y de violencia policial hacia las compañeras trans es ponerles un nombre, apellido y cara a cada una de ellas. Son sus amigas, sus compañeras. Quizá la voz se le apaga, porque se le vienen a la mente los nombres Pamela Macedo, Angie Velásquez...

Uno de los casos más controversiales de violencia hacia la comunidad trans en La Plata fue el caso Zambrano. El 4 de septiembre de 2016, en el marco de una razzia policial, 25 mujeres trans y travestis peruanas y ecuatorianas fueron detenidas; llevaron a nueve de ellas a la Comisaría 9na y cuatro quedaron detenidas más de una semana por “tenencia de estupefacientes”, después de haberles encontrado 1 gramo de cocaína en la ropa interior. El 12 de septiembre, la Cámara de Apelación y Garantías anuló el procedimiento policial después de determinar que se había actuado de modo abusivo e ilegal, no respetando en absoluto la dignidad de las personas requisadas.

A. Zambrano¹, a diferencia de sus compañeras, quedó detenida hasta el 15 de septiembre en un calabozo que estaba clausurado por malas condiciones de Ense-

¹ N de la R: el nombre de la chica trans se encuentra resguardado por cuestiones judiciales

nada. Zambrano venía denunciando el accionar represivo policial desde principios de año. Este fallo fue histórico y les dio a las mujeres trans y travestis migrantes el reconocimiento de que sus derechos humanos básicos no son respetados ni por el Estado, ni por la policía que ellas mismas instruyen.

“Cjjjjj” se vuelve a escuchar la silla contra el piso de granito. Karola se levanta a sacar la pava del fuego, que echa un humo y un chillido que indican que el agua está hervida. Vierte el líquido en una taza, luego coloca un saquito de té La Virginia y dos cucharadas de azúcar.

La vida diaria

Después de las capacitaciones, Karola recibió un llamado de la secretaria legislativa de la Cámara de Diputados para realizarle una entrevista. Se presentó, le contó el trabajo que estaba realizando en la Dirección de Políticas de Género, le habló sobre su militancia en Otrans y a los pocos días estaba ocupando un puesto en la Dirección de Políticas Públicas y Legislativas, junto con otras cuatro compañeras trans. La Cámara de Diputados de la provincia de Buenos Aires es uno de los lugares que está comenzando a incorporar mujeres transsexuales a su plantel laboral.

—Trabajamos en conjunto con otros municipios con las leyes ya sancionadas; la del Cupo Laboral Trans, por

ejemplo. Tratamos de que lleguen a otros lugares y otras provincias, que realmente sea una realidad.

A Karola no la echaron de su casa como les pasó (y les sigue pasando) a la mayoría de sus compañeras. Pudo llegar a Argentina, continuar con su transición y conseguir trabajos en la economía formal. De lunes a viernes, Karola trabaja; los sábados se junta con amigas a cocinar en su casa platos típicos peruanos para una cooperativa gastronómica que está creciendo cada vez más. Están pensando en alquilar un local pequeño para poder vender y llegar a la mayor cantidad de gente posible. El 6 de diciembre de 2016 abrió Las Charapas, la primera peluquería integrada por chicas trans y travestis de Otrants, una cooperativa que las ayudó a comenzar a insertarse en el mercado formal.

Karola cuenta sus proyectos y se nota entusiasmada. Va intercalando las palabras con pequeños sorbos de té que está casi hirviendo; puedo ver que sigue despidiendo un vapor húmedo.

—Como militante, la peluquería me parece un avance total. Hay 16 compañeras que están trabajando ahí, pero muchas todavía siguen en situación de calle. Es que no es fácil, no es que una dice: “bueno, ya está, puedo salir de la calle”. La plata no les alcanza todavía, es todo un proceso.

Y tampoco es fácil sacarse ese chip que les dice que sólo sirven para la prostitución. Karola mira a las chicas que recién llegan de Perú o Ecuador y se ve reflejada en ellas. Entiende por lo que están pasando y por lo que van

a pasar. Dice que ella lo vivió de otra manera; conocer a Claudia Vásquez Haro fue fundamental y empezar a militar en Otrants le cambió la vida. Pero sabe que muchas chicas no viven el proceso de esa manera. La mayoría de sus amigas siguen estando en situación de calle, obvio, dice, como si fuera lo más normal del mundo, una realidad que no pudiera cambiarse.

—Yo miraba a Claudia y veía que iba a la facultad y que después empezó a trabajar y pensaba “¿y por qué yo no?”. Ella me motivó muchísimo—. La palabra “Claudia” le sale de la boca y no puede evitar sonreír.

La esperanza de vida de las mujeres trans y travestis que viven en Argentina es de 35 años; si superan esa edad, pasan a ser una especie de sobrevivientes. Sobrevivientes de la calle, de la represión policial, de las enfermedades, de la desidia. Algunas de las chicas que están en situación de prostitución quieren seguir ejerciéndola, pero no es el caso de la mayoría. Y, como no son varones o mujeres cis sexuales y heterosexuales, no se levantan a la mañana y salen a repartir currículums por la ciudad.

—Muchas amigas piensan que si van a pedir un trabajo se van a burlar de ellas. Piensan: “pero si no sirvo para nada... ¿qué voy a hacer?”. El 80% de las compañeras trans no tiene la primaria terminada y hay muy pocas que tienen el secundario completo; ni hablar del acceso a la universidad. Yo empecé Trabajo Social cuando llegué a La Plata, pero no podía trabajar y después cursar, juntarme con mis compañeros a leer textos, a estudiar... No pude con todo y tuve que dejar.

En 2014, Fundación Huésped y ATTTA (Asociación de Travestis, Transexuales y Transgéneros de Argentina) elaboraron un informe en el que se detallaba que 6 de cada 10 mujeres trans abandonaba el secundario por ser discriminadas tanto por sus compañeros, como por el personal docente y directivo. Luego de la sanción de la Ley de Identidad de Género, se evidenció que 1 de cada 10 mujeres trans mayores de 18 años se había reinsertado en el sistema educativo. Esto significó un gran avance, pero es claro que todavía quedan muchas cosas por hacer.

—Ninguna de las chicas se proyecta. Piensan que no sirve de nada buscar un trabajo, si total al día siguiente puede pasarles algo en la calle y morirse, y así como si nada te lo dicen. Porque pasa, nos pasa. Ninguna de las chicas se imagina jubilada a los 60 años de lo que trabajó toda su vida.

Si Karola estuviera hablando de esto diez años atrás, diría que está de paso, que va a estar “unos meses más y me voy”, que tiene que llegar a Europa, al último escalón de la pirámide, al último de los objetivos de las chicas trans que emigran de alguna ciudad pequeña de Perú. Hoy cambió la mente, tiene otras metas. La Plata le permitió continuar con el deporte, le dio amigas militantes, compañeras de trabajo y un trabajo formal. Tuvo dos o tres oportunidades para irse a Europa, pero decidió quedarse; no iba a ser tan fácil empezar otra vez de cero.

Da un último sorbo al té, pero no lo termina; el humo ya no se ve. Quita el saquito y lo deja en un pequeño plato con restos de migas que está sobre la mesa.

“Esto me quedó del amuerzo, me olvidé de lavarlo”, me dice. Me hace acordar a mi obsesión por lavar los platos inmediatamente después de comer el último bocado de comida. La sobremesa para mí no existe.

Por lo menos una vez al año intenta viajar a Perú para visitar a su madre y a sus hermanos. Trata de ir para las fiestas, cuando le dan los 15 días de vacaciones en el trabajo, pero no se volvería a vivir allá. “Acá no me siento como me sentía allá”, dice. En La Plata no tiene que disimular la postura, puede cruzar las piernas y mover las caderas cuando camina, si total no jode a nadie. “La militancia me enseñó eso: cada quien puede hacer lo que quiera con su vida; yo no soy nadie para juzgar, mientras a mí no me falten el respeto...”, dice.

Los caniches vuelven y Karola los llama a cada uno por su nombre. Mira hacia un costado y chequea que ambos tengan comida y agua en unos pequeños platos de plástico. Sigue con su historia, y de repente para, mira pensativa hacia un punto fijo en la mesa y agrega:

—No sé si me voy a poder ir este año para las fiestas. En diciembre se me termina el contrato en la Cámara de Diputados y no puedo irme de vacaciones, no puedo volver y no tener laburo. Tengo que estar acá para pelearla.

LAURA

Cuando Laura contó en terapia lo que le pasaba, la psicóloga le dijo que tenía un problemita y que le iba a cagar la vida a los viejos. En la sociedad heteronormativa, lo que no puede etiquetarse y explicarse biológicamente, se patologiza y se medica. Corría el año 1996 y había terminado la escuela; el neoliberalismo estaba en auge y en la televisión aparecía Lohana Berkins protestando para que liberaran a las pibas que metían presas por ser trans. Laura tomó coraje y les contó a sus viejos lo que sentía.

—Desde siempre habían querido una nena. Ahí se dieron cuenta que les había llegado un poco tarde...

Les contó entenderla, pero la aceptaron y, sobre todo, la contuvieron. Para Laura, la contención es una de las cosas más importantes que influyen en la vida de una chica trans. “Si ves que una chica tiene al lado una tía, una amiga,

una prima que la acepta y la quiere, esa persona se empapa de otra realidad y tiene otra posibilidad de vida”, dice.

El otoño empezó hace varios días y ese martes por la mañana el clima es templado, ideal, ni frío, ni calor. Laura llega alrededor de las diez y media por el corredor de la Facultad de Periodismo, una línea recta de cemento gris con pintadas de las diferentes agrupaciones estudiantiles: “Votó lista 17”; “Sin aborto legal no hay década ganada”, “Este 6, 7, 8 votó a la Izquierda en Perio”. Saluda, y nos sentamos en uno de los bancos, también de cemento.

—Perdón que llegué tarde, el micro no pasaba más.

Alrededor nuestro iban y venían estudiantes y alguna que otra paraba para saludar a Laura con un beso en el cachete. A pocos metros, las cabras de la Facultad de Veterinaria se resisten a que un hombre las traslade hacia el otro corral y sus balas quejosas se mezclan con la charla que recién empieza.

A Laura le encantan los pantalones Oxford y tiene puesto uno. Tiene los pómulos marcados, brackets y el pelo negro y lacio que le cae lluvioso sobre los hombros. Habla mirando hacia adelante, moviendo las manos en consonancia con todo lo que dice.

—Ahora puedo volver a ponerme rímel —dice y sonrío. Estuvo varias semanas con un problema en el ojo que no la dejaba ver bien y que la obligó a hacer reposo. Y que encima no la dejaba maquillarse.

Laura nació en Burzaco en 1978 en plena dictadura, y a los dos años se mudó a un barrio militar en La Plata porque su padre era prefecto. Se crió entre las casas de pe-

nitenciaros y hombres que pertenecían a la armada, y la primaria la hizo en una escuela privada y católica: la pasó como pudo. Su madre trabajaba en un comercio y tenía dos hermanos mayores. Hizo el secundario en una escuela agraria porque quería ser veterinaria, hasta que se dio cuenta que matar gallinas y conejos para la producción de carne no era de las cosas que más le gustaban hacer.

Su padre quería que estudiara Abogacía, pero Laura tenía que resolver muchas cosas de ella antes de meterse en una carrera que no le gustaba, así que con su identidad trans ingresó en Letras a los 19 años y aguantó allí sólo dos. Eso fue lo que hizo. Aguantar.

Laura se interrumpe para pedirme que le hiciera acordar que tenía que pasar por Alumnado y preguntar sobre el boleto estudiantil para cargar en su SUBE. Este año no le habían cargado el monto que le correspondía y quería saber qué había pasado. “Tengo que acordarme”, pensé. Lo sentí casi como una responsabilidad propia. Después de explicarme el problema, continuó con el relato.

—Me veían y cuando pasaban lista me llamaban por mi nombre y mi apellido, en vez de decir sólo Moyano. No era una facultad inclusiva y era muy elitista con la gente que entraba. Me sentí totalmente expulsada.

La nada misma

Cuando dejó la facultad, la situación en el país no era la mejor y en su casa tampoco: su madre había per-

dido el trabajo y su padre era el único que trabajaba para poder pagar una hipoteca. De La Rúa estaba por subirse a un helicóptero y Laura había comenzado el tratamiento hormonal que pagaba con la venta de cosméticos de Avon y Tsu. Su padre la había ayudado para que pudiera empezar un curso de cosmetología y ella tuvo que vender sus libros favoritos de Literatura para poder terminar de pagarlo y recibirse.

—En esa época yo no era Laura, ni era la persona que decía mi documento. No podía ni trabajar ni estudiar. Yo no existía, era la nada misma.

“La nada misma”. Esas tres palabras me quedaron resonando en la cabeza durante algunos segundos. Me imaginaba cómo una persona puede llegar a pensar de sí misma que es “la nada misma”, como si se tratara de un lugar desierto, de esos que aparecen en las películas, donde muestran cómo los yuyos cruzan la calle rodando de una vereda a la otra. Vuelvo a concentrarme en lo que Laura me sigue diciendo.

Una tarde quiso empezar a trabajar como moza en un restaurante. La entrevista con el encargado iba bien, hasta que tuvo que mostrarle el documento y convencerlo de que sí era ella.

—Mmm... vamos a tener problemas —le dijo el encargado con el DNI en la mano. Los ojos le iban y venían entre la mujer sentada frente a él y — en ese momento — la libretita verde que tenía en la mano. El nombre que aparecía en el documento no concordaba con la persona que estaba entrevistando.

—“Problemas ¿con qué?, si no iba a ponerme a atender las mesas en bolas”, pensaba yo —dice con aire sarcástico.

La crisis del 2001 la hizo caer en la cuenta de que las instituciones educativas, de trabajo y de salud no estaban preparadas para recibir a mujeres trans. Y ahora dice que tampoco lo siguen estando. Durante los siguientes 14 años, Laura siguió vendiendo cosméticos, haciendo limpiezas de cutis y maquillando, siempre informalmente y en institutos privados; eso la alejó de la idea de volver a la facultad, pero también fue armándose su clientela y ganando un poco más de plata. Podía comprarse perfumes y ropa y “no necesitaba joder a mis viejos para que me bancaran en la decisión que había tomado”.

También trabajó durante un tiempo como asistente dental para una odontóloga “re abierta de mente” que la defendía cuando algún paciente no quería ser atendido por ella.

—Si tienen un rollo con vos, allá ellos. Vos no estás en pelotas por el consultorio, no le jodés la vida a nadie. Y si les jodés, que se vayan —le decía.

Laura no tuvo esa misma suerte en las demás peluquerías donde la incorporaron. En muchos lugares se jactaban de tener trabajando a una chica trans de la boca para afuera; adentro la discriminaban.

Dejo de anotar en el cuaderno y la miro. Toma el celular de su cartera y veo que el ceño se le frunce un poco. Se pausa durante unos segundos mientras lee un mensaje y sigue. El sol nos empieza a dar en la cara y se vuelve un poco molesto.

—No éramos sujetas de derechos. Me imagino a las mujeres trans de 60, 70 años, las sobrevivientes, ese 1% de las chicas trans que llegan a esa edad. El Estado les decía que no podían trabajar, estudiar, ser lo que querían ser. Las detenían si las encontraban tomando un café. ¿De qué libertad estamos hablando?

Otros tiempos

—Mi sueño era poder salir tranquila a la calle, sin esa mirada que me juzgara. Yo veía a las chicas que iban a la facultad, a trabajar y quería ser ellas, no por lo físico, sino para pasar inadvertida. Cada vez que salía de mi casa mi viejo me decía que me cuidara de la policía, de la gente... Siempre el miedo era a lo que podían llegar a hacerme. Yo no iba a salir a agarrarme a las piñas con nadie.

En el 2003 sintió que las cosas estaban empezando a cambiar. La gente se iba recuperando de a poco, los que se habían quedado en el país volvían a tener trabajo y su familia se volvía a levantar. Laura veía que en la televisión mostraban el “boom gay” y las películas con temáticas homosexuales. “No se decía la palabra ‘trans’, pero había más apertura”.

Laura había empezado a incursionar en el camino de la música y fue encontrando letras que le hablaban a ella. Un compañero le había prestado el VHS de un documental sobre la vida de Nina Simone y cuando escuchó esa frase se quedó helada y empezó a entender un poco

más lo que sentía. “Sí, quería ser libre, pero libre ¿en qué sentido? ¿Hasta qué punto podía serlo?”, se preguntaba.

—Es un sentimiento. Cuando pasa, lo sabés. La libertad para mí es no tener miedo. De verdad, la libertad es no tener miedo —decía la cantante y pianista Nina Simone.

La voz con la que reproduce lo que decía Nina Simone cambia. Se le viene a la mente el recuerdo de la noche en la que deseó con todas sus fuerzas ser libre para no tener miedo. Se calla, me mira pensativa, duda dos segundos y retoma. Mientras tanto, las cabras de Veterinaria y Agronomía pastan vagamente y con tranquilidad.

Sus padres tenían una pareja amiga, de esas con las que se conocían de adolescentes y con la que compartían hasta la fecha de casamiento. Los hijos de ellos, y Laura y sus hermanos eran como primos. Una noche, Laura iba en el auto con ellos y, de repente, frenaron. La hicieron bajarse.

—A mi hijo le das asco. ¿Sabías? —le dijeron.

La dejaron varada en una ruta cerca de Burzaco. A las 12 y media de la noche. En pleno invierno y con una niebla que no la dejaba ver más allá de los dos metros.

Laura sabía que no era cierto. Había tenido muchas charlas con él y siempre le admiraba el coraje que tenía. La dejaron en la ruta sola. A los 21 años. No había celulares, pero vio un teléfono público cerca. Se palpó los bolsillos; tenía algunas monedas que debían alcanzar para llamar a sus viejos. Se pusieron como locos. Que cómo podía ser que la hubieran dejado ahí, que por qué no estaba en la casa de ellos. Se subieron al auto y fueron a

buscarla. En la media hora que tuvo que esperar hasta que llegaran, Laura escuchó muchas cosas de los autos que pasaban por la ruta. Y, por las dudas, se puso las llaves de su casa entre los dedos, una técnica de autodefensa que se está volviendo moneda corriente.

—Tírame la goma, mamita.

—Vení, subite. Subite que te llevo.

Laura pensaba en las chicas que trabajaban en la calle porque no tenían la posibilidad de hacer otra cosa. No podía haberse bancado una cosa así. Siempre había sido muy mimada y casera desde chica y su madre no la dejaba irse muy lejos. “Si hago más de diez cuadras en La Plata, me pierdo”, dice y se ríe, burlándose de ella misma.

Una noche salió a un boliche gay en la ciudad, Juanas, y conoció a un grupo de varones gays y mujeres lesbianas que participaban en un grupo llamado Hacerlo Visible. Empezó a sentir que al final no estaba tan sola y tejió amistades con ellos: se sintió más segura.

La militancia en Otrans hizo que dejara de acercarse a las instituciones académicas con miedo. Pudo conocer la ex-Esma, grabar spots y ayudar a jóvenes —que después se volvieron sus amigos— a terminar sus tesis de grado. Desde la organización quisieron que se postulara para presidenta, pero ella no quiso, sentía que no tenía los conocimientos necesarios.

—Me di cuenta que en Otrans hay determinada postura política. En ese entonces la luz era carísima y no teníamos televisión, entonces no me enteraba de nada. Además las noticias me caían como el culo.

Cuando volvió a tener señal de cable, empezó a ver qué estaba pasando en el país y se fue empapando de la realidad. Se daba cuenta de que las cosas estaban mejorando, principalmente la situación económica de su familia, pero no terminaba de entender que “tenía que ver con la política de ese momento”.

Después del 2010, le insistían con que el contexto era distinto, que volviera a la facultad y que estudiara. En el 2014 ingresó a la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, “una isla”, como le dice ella. Es la única facultad de la Universidad Nacional de La Plata que tiene una Secretaría de Género.

—Era loco sentir que un profesor te escuchaba. Era loco poder expresarme y no escuchar que me dijeran “callate, trava” o “callate, puta”. Algo básico, ya sé, pero me ha pasado muchas veces. En mi casa pasaba algo parecido. Yo era contestataria, reaccionaria; me gustaba discutir. Mi mamá pensaba que como ella era adulta, tenía la razón en todo y sabía todo, entonces cuando yo le quería refutar algo, no me escuchaba.

Para Laura, trabajar y estudiar es visibilizarse y mostrar otra realidad alternativa a la que presenta el imaginario social en relación a las chicas trans. En 2013 fue a algunas clases de Comunicación y Derechos Humanos que dictaba Claudia Vásquez Haro en la Facultad de Periodismo. En un teórico, Laura dijo en voz alta un posible tema de investigación.

— ¿Y a vos quién te dijo que no sos capaz de estudiar algo? Acabás de decir un tema de investigación relaciona-

do con Foucault —le contestó una de las profesoras. Ese fue el empujón final que necesitaba para volver a estudiar una carrera.

Laura ya estaba trabajando en la Dirección de Políticas de Género de la Municipalidad de La Plata. El 2013 fue el año en el que consiguió su primer trabajo formal en el Estado, daba clases de maquillaje y depilación en Las Mirabal, era líder de ventas en Bagués —una marca de cosméticos— y viajó a un congreso internacional sobre violencia de género donde conoció a Rigoberta Menchú, una líder indígena que ganó el Nobel de la Paz en 1992.

En la Dirección de Políticas de Género se encargaba de redactar informes de restricción, perimetrales y hacía los seguimientos de los casos de violencia de género. El breve recorrido por la Facultad de Periodismo le permitió tener herramientas de escritura para desarrollarse. Laura cree que su incorporación y la de sus compañeras se efectuaron gracias a su organización y al interés del municipio en un perfil como el de ella.

—Pensé que no iba a ser capaz de hacer un trabajo así, pero pude. Me emocionaba hacer cosas que antes no había hecho. Después del reconocimiento de mi identidad, el acceso a un trabajo formal, a la educación, a la vida, a crecer y a desarrollarme, sentía que lo que había soñado se estaba cumpliendo, más tarde de lo que me hubiera gustado, pero se estaba cumpliendo.

Un Estado presente

—Los travestis andan en bolas y están en todo el tema de la droga. Hay que darles una mano desde lo psicológico, desde lo médico —dijo Julio Garro en mayo de 2015, en plena campaña para las elecciones de ese mismo año. Otra vez, el sistema heteronormativo que quería disciplinar y medicar lo que no podía encajarse en el sistema binario hombre/mujer.

El discurso de Garro generó un contexto transfóbico y retrocedió años de trabajo y logros en materia de derechos humanos para las personas trans y travestis. “Esto que circuló le dio el visto bueno a los fachos para que salieran a decir y a hacernos lo que quisieran”, dice Laura. En esa época, a las chicas trans que veían en los colectivos y les escupían y les gritaban cosas. “Estos son los votos de Cristina”, les gritaban. Además, los despidos también las alcanzaron a ellas.

—Después del asesinato de Laura Moyano² en Córdoba, soñé que me apuñalaban. Me soñé internada y con tubos en todos lados. Y me pasó: estaba en mi casa, entró un tipo y me apuñaló. El pibe debe haber pensado que yo era migrante y que vendía droga, siguiendo esa idea fija que se tiene sobre nosotras. Vio un tubo y un polvito blanco y flashó: eran cosas de cosmética.

Mientras dice esto, hace la mímica de los tubos con las manos. Se señala la nariz, la boca, se toca el pelo... Como si estuviera en su casa, señala hacia la izquierda,

² Mujer trans, con su mismo nombre, asesinada en Córdoba.

haciendo referencia al mueble donde estaba ese polvito blanco. Cuando giro la cabeza hacia donde apuntaba su dedo, dos cabras chocando sus cuernos.

A los días de haberles notificado el despido, Laura y sus compañeras fueron reincorporadas a la Dirección de Políticas de Género. Compartían el trabajo con trabajadoras sociales, psicólogas y abogadas; una de ellas tenía la idea de conformar un equipo para la Cámara de Diputados y le hizo la propuesta a Laura.

—Me puse pitucona y fui a la entrevista con el Currículum en la mano. Me entusiasmé cuando me nombraron género y discapacidad. Ahora estoy trabajando como Secretaria Legislativa.

La noticia de la incorporación de ella, Karola Macedo y Valentina Pereyra llegó al diario La Nación. Se estaba empezando a cumplir, de a poco, la Ley de cupo laboral trans. Laura, en aquella nota, decía “Esto le da visibilidad a nuestras identidades, crea las posibilidades para poder crecer y proyectarnos. La ley de identidad de género fue la puerta de entrada para poder transformar la realidad de las personas trans”.

Su presente

A Laura le dijeron muchas veces que era una nena mimada por mamá y que por eso no iba a entender nunca las realidades de muchas chicas trans. Siempre estuvo contenida por su familia y nunca necesitó traba-

jar en la calle. Pero cree fervientemente que estas realidades también se cambian si hay un acompañamiento político que transforme los modos en los que se ven las identidades trans.

—Veo un retroceso. Dicen una cosa y hacen otra: quieren salir a matar a los migrantes, a las chicas trans, a los gays. Siento que hacemos tres pasos y retrocedemos dos. Hay que desenterrar la idea de que hay ciudadanos de primera y ciudadanos de segunda; a nadie se le sacan sus derechos para darnos más posibilidades a nosotras. Cuando empezamos a trabajar en la Cámara de Diputados, algunos se quejaban porque pensaban que íbamos a sacarles el trabajo a ellos... Éramos tres chicas nuevas, tres.

Laura dio a conocer su identidad trans en los noventa, cuando el contexto no era para nada favorable. En el 2001, vivió la situación más crítica: no era nadie, no podía conseguir un trabajo, no podía estudiar y sentía que no iba a encajar nunca. Después, tanto tiempo de lucha tuvo sus frutos: la sanción de la Ley de Identidad de Género le permitió ser Laura y conseguir un trabajo formal. Pero la vida de la mayoría de las mujeres trans no es esa. La Ley de Cupo Laboral Trans es muy nueva y las instituciones no están preparadas ni adaptadas.

En Las Mirabal dio varios cursos de maquillaje y venta de cosméticos a chicas que estaban en situación de calle para darles herramientas y que pudieran salir. Notaba que muchas estaban estimuladas y entusiasmadas, pero también otras no podían interpretar un texto porque no

sabían leer. En ese momentos e dio cuenta de que el problema era todavía más profundo.

El sistema heteronormativo impone el discurso sobre cómo tienen que ser miradas, qué tienen que pensar sobre ellas, de qué hay que sospecharlas, por qué hay que criminalizarlas. Todo sin conocerlas. El otro siempre es un factor importante, pero Laura tiene la idea de que también es fundamental la mirada que tienen las chicas trans sobre ellas mismas y que es muy importante trabajar el deseo para explotar las capacidades de cada una. Cuando se pone a charlar con otras compañeras, ella es la que se encarga de entusiasmarlas para que, a la que le gusta cocinar, se capacite y empiece a vender comida para de a poco poder conformar una cooperativa.

Laura toma su campera, cuelga la cartera su hombro y se estira un poco la remera. Le hago acordar que tiene que consultar sobre el boleto estudiantil y me agradece, casi se había olvidado y yo también. Mientras, charlamos las últimas palabras y, acomodándose el pelo, me dice:

—Hay que tener en cuenta el territorio y las subjetividades. Hay que abrazarnos y contenernos, para no sentir que estamos luchando solas contra el mundo.

SILVANA

“VIH-SIDA. ¿Qué es, cómo se transmite, cómo prevenirlo y cómo lo podemos tratar?” dice en una caja que contiene preservativos del Ministerio de Salud de la Nación sobre una mesa de madera. Sentada detrás está Camila y, a su izquierda, un enorme cartel fucsia con las siglas ATTTA (Asociación de Travestis, Transexuales y Transgéneros de Argentina) le da el toque de color a aquel departamento en un primer piso convertido en oficina.

—Muchas chicas vienen a buscar preservativos y otras solamente a charlar porque saben que estamos acá. A veces también salimos a repartirlos a las chicas que están trabajando en la calle —dice Camila. Tiene el pelo rubio, la tez morena y es de estatura media—. “¿Querés mate? Levantate y hacelo. Jaja, mentira” bromea, mientras y camina hacia el dispenser de agua cuidando que no se

le caiga el Marlboro de la mano. Estoy desde hace cinco minutos en la oficina y va por el segundo cigarrillo.

Trabaja en la Dirección de Diversidad del Municipio de Lomas de Zamora recibiendo a chicas que necesitan asesoramiento y ayuda. Es secretaria de Silvana Sosa, la coordinadora de ATTTA de la Provincia de Buenos Aires, y la primera en presentar un proyecto para crear la dirección.

Frente al escritorio hay un televisor de 21 pulgadas con la pantalla llovida que muestra un programa de juegos y entretenimientos donde desconocidos tratan de embocar pelotas en agujeros para ganarse cinco mil pesos. Mientras tanto, Camila fuma, habla y toma mate.

—¿Querés uno? —me dice, sacando un cigarrillo del atado de 20.

—No, gracias.

—Mmm... ¿segura?

—Sí, segura —vuelvo a responderle. Pienso en cómo hablé o qué cara habré puesto para que no me creyera que no quería fumar un cigarro.

—Mirá, ahí viene —exclama Camila, parándose de su silla.

Por la escalera, llega Silvana. Sube con esfuerzo, con las piernas de costado, lento y con cuidado. Hace 14 años le fracturaron las rodillas y la cadera mientras repartía preservativos en un barrio. Es alta, tiene la nariz respingada y los ojos claros. Lleva el pelo negro y lacio tan largo que, aunque lo tiene atado con una cola de caballo, le cae por los costados como si lo tuviera suelto.

—Perdón por la tardanza. Vení a mi oficina. Camila, vení vos también, preparate unos mates y traé las galletitas.

Una de las puertas del exdepartamento es el baño; la otra es la oficina de Silvana. A uno de los costados, apilados en el piso, hay packs de comida; algunos están rasgados y abiertos, otros están cerrados. Silvana y Camila recorren penitenciarias y reparten los packs de comida a chicas trans que están privadas de su libertad.

Silvana es nacida y criada en Ingeniero Budge, partido de Lomas de Zamora, un barrio que en la década del 70 casi no tenía habitantes: por cada manzana había sólo dos o tres casas. Las calles eran de ripio y había decenas de zanjas de barro de donde Silvana y sus amigos sacaban renacuajos, ranas y de vez en cuando algún que otro sapo.

Vivía en una pequeña casilla con su madre, padre, su hermano mayor y su hermana. Al fondo estaba Doña Cuca, una señora mayor muy amiga de su madre. Cuando murió, los padres de Silvana heredaron el lugar y empezaron la construcción familiar. En el barrio, Silvana era conocida como Daniel, aunque ese no era el nombre que estaba en la partida de nacimiento y documento. Su padre había decidido empezar a llamarla así para recordar a su hermano menor, desaparecido en los años de Dictadura Militar.

Ya de chiquita

“Quiero ser como mi mamá, quiero ser como mi hermana y vestirme como ella” decía Silvana en su casa,

mientras su madre le insistía con que si había nacido varón, tenía que ser varón, y si había nacido mujer, tenía que ser mujer; pero además, tener hijos y darle nietos. A los cinco años, Silvana ya se sentía más femenina, se daba cuenta por cómo se paraba y cómo movía las caderas cuando caminaba. Pero sobre todo, por la sensación que le recorría el cuerpo cuando se paraba frente a un espejo.

—En mi casa éramos todos de River y mi papá me había comprado el pantalón, la camiseta y los botines. Cuando me ponía el pantalón, me lo subía hasta la cintura para que me quedara como una calza bien ajustada. Así salía a la calle —dice riéndose.

Desde siempre, Silvana había tenido más hormonas femeninas que masculinas. A los once años se armaba pechos con medias pegadas con cinta y se ponía bolsas de supermercado alrededor del cuerpo para moldearse una cintura. Dice que un limón o un quinoto eran más grandes que esas tetas de mentira.

La primaria la hizo de escuela en escuela porque siempre la echaban. El recorrido era el siguiente: Silvana entraba al aula con la boca maquillada o un arcoíris pintado en los párpados. Las maestras le decían que fuera a hablar con la directora y citaban a sus padres. Después, la llevaban con la portera para que le sumergiera la cabeza en la pileta del baño y se le lavara el maquillaje. Para completar el proceso, tenía que ir a sanidad escolar y empezar un tratamiento hormonal y así recuperar la testosterona que le faltaba. En otras palabras, para redireccionarla y que sea un varón hecho y derecho.

—Por más tratamiento que quisieron hacerme, no funcionó. El exceso de hormonas femeninas que tenía triunfó y hoy soy Silvana Sosa —dice con firmeza.

Camila sigue cebando mates, en silencio y de vez en cuando asiente levemente con la cabeza, hasta que una abeja entra en la oficina, Silvana se para de golpe y empieza a gritar que la saque.

—¡¡Me da pánico!! ¡¡Sacala!!

—Qué maricona que sos, Silvana —le dice Camila y empieza a echar al insecto con la mano.

—Una vez me picó una y casi me manda al hospital —le contesta Silvana. La abeja resiste y se para en el tubo de luz. Después, se va sin molestar, sin que ninguna de nosotras nos diéramos cuenta.

Silvana se olvida de la abeja y retoma la conversación a un punto clave en su historia. A los once años, entre las tetas hechas con medias y cinta y la cintura de polietileno, decidió decirle a su madre lo que le pasaba.

—Quiero ser una persona travesti, quiero tener el cuerpo de una mujer.

— ¿¿Qué?!

—Que quiero ser una mujer, no un varón.

No sabe de dónde vino ni cómo hizo para llegar tan rápido, pero la cachetada que recibió cuando terminó la frase le dio vuelta la cara como un trompo. Se largó a llorar y se puso de rodillas para pedirle disculpas. Su madre la levantó y la abrazó.

—Perdón por el cachetazo que te di.

—Por más que me pegues y que me lastimes, la úl-

tima palabra la voy a tener yo. No quiero molestar a nadie ni ser la oveja negra de la familia. Lo único que va a cambiar es mi orientación sexual; yo voy a seguir siendo tu hija y me gustaría que me dijeras Silvana, no Daniel.

—Está bien. El tema es cómo le decimos a tu papá.

Decirle a su padre que quería ser mujer fue una de las cosas más difíciles que había tenido que hacer. Otra vez, recibió una paliza que se la acuerda hasta el día de hoy. Por parte de él sufrió mucha violencia psicológica.

—Que se vaya porque me da vergüenza. En el barrio le dicen puto y a mí me dan ganas de cagarlos a tiros —le decía el padre a su esposa—. Esto también es culpa tuya porque vos la amparaste y la dejás que se vista y se peine así... —. En ese entonces, Silvana se ponía una vincha de flores en la cabeza y parecía Gladys la Bomba Tucumana pero morocha y de Lomas de Zamora.

Silvana se para y dice que tiene fotos de esa época. Fotos que había encontrado la noche anterior y que la agarraron con la guardia baja. Busca entre unas carpetas, pero parece que no las encuentra, o que no quiere volver a verlas. Los ojos se le llenan de lágrimas y piensa cuánta falta le hizo un abrazo y un poco más de contención en aquella época.

—Me gustaría que mis viejos estuvieran vivos para decirles: “acá estoy, mírenme, se puede, les dije que lo iba a lograr”. Encontrar esas fotos anoche me hizo muy mal, pero hoy me desperté, me maquillé y me sentía diferente. No haber tenido más cariño me hizo más fuerte. Hoy me levanté fuerte.

Me voy a trabajar

Silvana se fue a Capital Federal con un currículum paupérrimo bajo el brazo: cero experiencia en nada y cero educación, si la habían echado de todas las escuelas primarias. Las ganas de seguir estudiando la desbordaban, pero necesitaba plata para poder comprarse un cuaderno y una lapicera. Su primer trabajo fue en la calle.

—Quería ser travesti, pero no como esas que veía en la Panamericana o en la Ricchieri. Quería ser una travesti que fuera al colegio y que trabajara.

Alberdi y Eva Perón fueron las calles que la recibieron. La mayoría de sus clientes eran taxistas; el más joven tenía 60 años, el más viejo 80. No sabía lo que era el VIH ni una enfermedad de transmisión sexual. Había escuchado que se hablaba de una tal “peste rosa” pero tampoco sabía lo que era. Quizá todo se explique con una sola frase: tenía doce años.

Se fue a vivir con una chica trans, Andrea, que “ya estaba curtida y se cagaba a piñas con todos” y que le enseñó los primeros tips para trabajar en la calle. A medida que pasaba el tiempo, empezó a fantasear con tener otro cuerpo y, antes de salir, se montaba la fábrica de Estrella encima: se rellenaba con algodón los corpiños y se diseñaba la cintura perfecta.

—Era socia vitalicia de Estrella —interrumpe Camila.

El trabajo en la calle la llevó a otras zonas. Llegó a Chacarita y conoció a otras chicas trans: una tal Pompón, una tal Sonia y otros nombres que no recuerda. Silvana

cambia el tono de voz a uno mucho más grueso y recuerda algunas de las cosas que le decían:

—Hay que ponerle aceite.

—Tiene que hacerse de todo.

—Tiene cara, pero le falta cuerpo.

—Vas a ser linda, pero tenés mucho pelo, deberías afeitarte —le dijo una que se llamaba Marcela Acuña.

Después se fue a Palermo, la zona donde estaban las “trans boom” de la época. Silvana las veía divinas, exuberantes y quería ser como ellas. Conoció a Dalma, a Belén Correa y a Claudia Pía, que en 1993 fundaría ATTTA, en medio del primer gobierno menemista y en vísperas del peor neoliberalismo. Ellas la asesoraron y la informaron; era lo que necesitaba.

—Tomá un preservativo —le decían.

—...

—No nos digas que no estás usando forro...

Silvana no quería decirles que no, que no estaba usando forro, que no sabía lo que era y que pensaba que era un chicle.

—Empecé a automedicarme con hormonas porque no podía acceder a un sistema de salud. Tuve la suerte de no contagiarme ninguna enfermedad de transmisión sexual, pero me podría haber muerto de una hepatitis porque todas las pastillas que tomaba me hacían pelota el hígado.

Las chicas de Palermo fueron las que más le enseñaron. Ella las mirabas y las admiraba. Le decían que iba a ser linda, que era capaz y que iba a llegar. Si ellas se inyec-

taban algo, ella también quería inyectarse lo mismo. Sin importarle las consecuencias o, mejor dicho, sin conocerlas ni imaginárselas. Cuando Silvana les pedía consejos, le decían:

—La belleza conlleva un dolor enorme y es muy caro.

Y Silvana les retrucaba:

— ¡Qué me importa, lo quiero igual! Voy a trabajar para lograrlo.

Así pasó su adolescencia: de zona en zona dentro de la Capital Federal, juntando plata para comprarse botas, calzas y para pagarse el hotel. Cada tanto volvía a su casa para visitar a sus padres que ya la aceptaban. Y cuando lo hacía, llegaba acompañada de veinte chicas trans.

—TACA TACA TACA TACA —se escuchaban los tacos en la escalera de la casa de Silvana a la noche —. TACA TACA TACA TACA —volvían a escucharse a las siete de la mañana.

Las chicas se reunían en lo de Silvana y su madre les cocinaba a todas. Su padre no entendía qué hacía ese menjunje de chicas trans en la parte de arriba de su casa. “¿Estas chicas no duermen?” le preguntaba a su esposa.

—Íbamos a trabajar, salíamos a bailar. Nos juntábamos a depilarnos y arreglarnos. Mi casa se convertía en un depósito de pelucas, máquinas de afeitar, jabones, perfumes...

Silvana incita a Camila a que cuente su historia, pero ella prefiere quedarse callada, a un costado, cebando mate y convidando galletitas de salvado. Había charlado lo suficiente conmigo antes de que llegara Silvana.

Segunda familia

En los 90 conoció a Lohana Berkins y empezó a militar con ella en ALITT (Asociación de Lucha por la Identidad Travesti Transexual). Sentía que tenía una segunda familia, pero todavía no podía entender por qué esa familia era tan discriminada. Hoy sabe que el responsable era un Estado que había olvidado a las chicas trans desde hacía varias generaciones, pero en aquel entonces quería saber por qué las reprimían tanto y quién decía que había que detenerlas.

Mientras tanto, Silvana seguía sin tener la primaria terminada y lo único que sabía escribir era Sosa.

— ¿Cómo te parece que se escribe Silvana? —sus compañeras trataban de enseñarle a escribir su nombre —. ¿Con C o con S?

—No sé... ¿con C?

— ...

—Bueno, no, con S. Silvana.

Comenzó a interesarse por las Marchas del Orgullo Gay-Lésbico, pero había algo que no le cerraba. Eran marchas para hombres gays y mujeres lesbianas y no había un espacio para las chicas trans, aunque ellas eran las que más llamaban la atención cuando marchaban: caminaban con las tetas al aire, casi desnudas y llenas de brillos por todos lados.

—Claudia Pía tuvo que exiliarse en Alemania un tiempo porque acá la perseguían demasiado. Cuando volvió, llegó con un pensamiento diferente para las chicas

trans. Fundó ATTTA y ahí empezó la lucha y la resistencia. Empecé a militar y a reclamar nuestra incorporación en las marchas del orgullo. Yo no era gay, no era lesbiana y no era transformista tampoco. Yo decía: “me siento mujer, vivo como mujer y voy a morir como mujer”. Mi identidad es femenina y trans.

Mientras Silvana dice estas últimas palabras, da golpecitos en la mesa con una Bic azul, mostrando firmeza y convicción. La ideología y el orgullo por su identidad se le salen por los poros y no puede evitarlo. Caigo en la cuenta de lo mucho que estoy disfrutando la charla y que tengo una sonrisa en la cara, en un gesto que parece de admiración. La miro a Camila; estamos iguales.

A partir de su militancia en ATTTA, su bandera y color es el rosado. Pudo terminar los estudios y en el 2004 empezó a trabajar en el Ministerio de Salud de la Nación como Promotora de Salud de una campaña sobre el uso del preservativo: “Usalo y cuidate” era el lema. Empezó a pensar en los tratamientos hormonales autorizados por el Ministerio de Salud y se peleaba en los hospitales públicos para que le dieran las hormonas. Al final se terminaba haciendo amiga del personal y le daban las pastillas a escondidas.

El diploma de Promotora de Salud se lo dieron en La Plata, donde la detuvieron dos veces por estar vistiendo ropa del sexo contrario porque la Ley de Identidad de Género todavía no existía. Estuvo presa dos semanas, pero podían llegar a tenerlas 30 días encerradas.

—Teníamos que hacerles sexo oral a los guardias

para nos dieran menos días. Lo peor es que primero te comías a los más viejos y los más lindos estaban últimos. Después, al final, el peor de todos gritaba: “ésta no la chupó bien, dale siete días más”.

El hecho de convertirse en Promotora de Salud la llevó a ser la primera trabajadora trans del Estado con un cargo en el Hospital de Ramos Mejía. Se encargaba de ir a distintas zonas de CABA para buscar mujeres trans que estuvieran en una situación de salud crítica y las ayudaba a que pudieran tener la mejor internación posible.

Luego le llegó una oferta de trabajo en el Hospital Muñiz. Junto con Claudia Pía empezaron a planear estrategias para poder armar un consultorio especializado para chicas trans donde no fueran discriminadas y poder garantizarles el acceso a la salud: “un derecho que no se negocia con ningún gobierno de turno”, opina con firmeza Silvana. Tenía que trabajar en el territorio también, así que algunas noches salía a repartir preservativos a las chicas que trabajaban en la calle.

—La Ley de Identidad de Género ya tenía media sanción y Claudia Pía iba a ser la primera mujer en tener el documento con su identidad autopercibida. Dos meses antes de que se sancionara la ley, encontraron a Claudia Pía muerta en su departamento por un paro cardiorespiratorio. Fue muy triste, porque ella había sido una de las promulgadoras y pioneras de ese proyecto de ley.

Con la muerte de Claudia Pía, se determinó que la mujer trans que tendría el primer documento debía ser del Conurbano. Así, Silvana Sosa tuvo el documento nú-

mero 001 dentro de la Ley de Identidad de Género. Fue una de las luchadoras por la Ley de Matrimonio Igualitario y actualmente participa en el Movimiento Evita de Lomas de Zamora y Provincia de Buenos Aires, además de coordinar el espacio de ATTTA en Lomas.

Cuando Silvana se fue de Capital Federal sintió que tenía que volver a la provincia para seguir poniendo en práctica todo lo que había aprendido, en un lugar donde no había ningún espacio LGTB hasta ese momento. Una vez reinstalada en Lomas de Zamora, presentó el proyecto para crear una Dirección de Diversidad Sexual, el lugar donde está sentada ahora. El único que la escuchó Fernando “Chino” Navarro, diputado del Frente Para la Victoria y referente del Movimiento Evita, y el proyecto fue uno de los primeros que se aprobó en el Concejo Deliberante.

—Desde ATTTA estamos trabajando para lograr una ordenanza municipal y que en noviembre de este año podamos hacer una Marcha del Orgullo LGTB. No queremos que caiga la policía y nos diga que no podemos cortar tal calle y que nos tengamos que ir. Si logramos tener la ordenanza municipal, eso no nos va a pasar.

Haber vivido en Capital y haber conocido a tantas compañeras le dieron esas ganas de cambiar la realidad, esta vez en su lugar. Así, Silvana empieza a mostrar su lado más militante. Cree fervientemente que hubo muchos cambios y avances en la última década, pero que tiene que haber una igualdad real. Las mujeres trans tienen que poder tener acceso a la salud, a la educación, al de-

porte, a la cultura y a la justicia social. Tienen que dejar de ser las olvidadas de esta democracia, junto con los demás integrantes de la diversidad sexual.

—Ninguna organización de derechos humanos, en ningún 24 de marzo, hace referencia a los 400 desaparecidos LGTB de la Última Dictadura —dice con firmeza.

El mate se enfrió hace un rato. Camila prefirió escucharnos atentamente antes de seguir cebando. Son las cinco de la tarde y veo por una pequeña ventana que el sol está casi escondido. El ambiente dentro de la oficina de Silvana es cálido, pero las hojas de los árboles se mueven rápidamente y asumo que esa brisa debe ser más fría que caliente.

Lograr una igualdad real también es hacer que la gente deje de pensar que las chicas trans sólo sirven para trabajar en la calle. Silvana recuerda que ella soñaba con sentarse en una computadora en el escritorio de una oficina. En la calle aprendió muchas cosas, pero también le hizo vivir la mayor violación de derechos que sufrió. “Las nuevas generaciones trans deben entender que tienen el poder de elegir, que van a poder si luchan”, concluye efusivamente.

Gira en su silla y busca folletos de la Defensoría LGTB y ATTTA y los deja sobre la mesa. Mira a Camila.

— ¿Cómo es la frase que usás siempre vos?

Camila la mira. Piensa. Sonríe. Chupa el mate.

—Hay que perseverar para triunfar.

MARTINA

El desayuno está servido. Arriba de la mesa hay un plato con tostadas, facturas, jugo Baggio, el termo y el mate. Suena Lady Gaga en el smart tv y en la misma carpeta del pendrive hay canciones de Lenny Kravitz, Christina Aguilera y Joan Jett.

Martina vive en Caballito y comparte un departamento en planta baja con una amiga. Su habitación parece un pequeño monoambiente: cama, televisor, mesa, cuadros en la pared, una heladera ruidosa y dos gatos; uno gris, enorme, de ojos celestes; la otra es hembra y de color negro. Martina no cree en las supersticiones, por lo menos no en las que vinculan a los gatos negros con la mala suerte. Tiene el pelo corto, rubio con algunas raíces ya oscuras, argolla negra en la nariz y una sonrisa enorme.

Nació en San Miguel de Tucumán, se crió en el seno de una familia muy conservadora y se considera anarquista. “No te juntes con aquel porque es de la villa”, le decía su madre, mientras la llevaba a catequesis para que tomara la comunión y recibiera el cuerpo y la sangre de Jesucristo.

—A los 18 años llegué a pensar que quería ser cura, entonces hablé con un padre y se lo dije. Por suerte él tuvo la lucidez de decirme que lo tenía que sentir como un llamado de Dios. Menos mal, porque si hablaba con otro y me decía que sí, andá a saber dónde estaría hoy...

Martina no sabía qué sentía, estaba confundida y negada. Ir a la Iglesia la tranquilizaba porque ni en misa ni en las clases que llegó a dar como catequista se hablaba de sexualidad. Cuanto menos sexual se era, mejor, más cerca se estaba de Dios.

—Cuando tenía siete años ya había comenzado a explorar mi identidad. Me probaba vestidos y zapatos de mi mamá con la complicidad de mi hermana mayor cuando nos dejaban solas en casa. Pero más allá de eso no pasaba, no podía decírselo a mis padres porque sentía que había algo que no estaba bien.

El Colegio San Francisco está manejado por curas y es una de las escuelas más prestigiosas de Tucumán. En ese entonces, en la década del 80, en el curso de Martina había sólo tres mujeres. Cuando tenía ocho años, el profesor de gimnasia no tuvo mejor idea que hacer una exhibición de educación física a la que la fueron a ver su padre y su abuelo paterno.

—Era una muestra sólo de varones, pero claramente había una niña en el medio. Mis movimientos eran femeninos porque yo me identificaba con eso. Mi abuelo me vio y le dijo a mi padre que tenía un hijo mariposón, que lo había hecho pasar vergüenza y que tenía que corregirme. Al año siguiente me cambiaron a una escuela pública. Ah, y me inscribieron en rugby.

Los putos del curso

No recuerda un día en el que no haya sufrido bullying (en ese entonces ni siquiera se lo llamaba así). Era un juego de chicos, pegarse era moneda corriente y hasta era extraño que no pasara. Cuando Martina volvía a su casa y contaba lo que le pasaba, para sus padres esa violencia estaba bien. Estaba bueno que se curtiera con la violencia de los varones, así se le revertirían todas las actitudes femeninas que tenía. Martina formaba parte del grupo de “los putos del curso”, junto con dos compañeros gays más y eran blanco de burlas, insultos y golpes. Llegó hasta a sentir pánico cada vez que iba caminando y veía a lo lejos un grupo de chicos; era capaz de rodear toda la manzana con tal de no cruzárselos.

El mate sigue circulando y paradójicamente se escucha de fondo la voz de Gaga que canta *I'm on the right track, baby, I was born this way*. A su costado hay unas zapatillas de jazz secándose bajo un cuadro que dice *Keep calm and enjoy*. Cada tantos mates, Martina quita un

poco de yerba, la tira en una bolsa y vuelve a rellenar. La técnica perfecta para que el mate no se lave nunca. Sirve jugo de naranja en los dos vasos y continúa.

—Me anotaron en rugby y no había forma de que agarrara una pelota. Una vez me pusieron a jugar y se armó un *scrum*. Yo estaba parada al lado esperando que terminara en algún momento, imagínate, como si nada. Cuando la pelota sale, cae al lado mío y escucho a mi viejo y al entrenador gritarme: “¡¡AGARRÁ LA PELOTA Y CORRÉ!!”. Hasta que entendí lo que me querían decir, agarré la pelota y ya tenía veinte monos encima. Yo quería jugar al hockey como mi hermana.

El secundario lo hizo en el Nacional de Tucumán. De primero a tercer año se esforzó y pudo zafar hasta que ingresó un excompañero de la primaria que la odiaba y el maltrato empezó de nuevo, pero Martina estaba más protegida. Tenía un grupo de amigas que saltaron a defenderla cuando uno de sus compañeros le dio un chirlo porque sí. A partir de ahí, nunca más le volvieron a hacer algo.

—Solamente había escuchado hablar del “puto del barrio”, siempre como algo malo. Solamente podía llegar a identificarme con eso y no tenía idea de que había otras cosas y de que hasta era posible modificar mi cuerpo, por ejemplo.

Martina se interrumpe. No estamos solas. A pocos metros de la mesa, saliendo de la habitación, dos plomeros terminan de arreglar un caño roto que inunda el baño desde hace más de dos semanas. Era una fuente de diversión para los gatos, pero “ya no daba para más”.

—Señorita Martina, le pusimos poxilina y quedó bien. Igual vamos a volver ¿le avisan, asomándose con vergüenza a la puerta.

Martina se para a ver el trabajo y les agradece. Cuando va a abrirles la puerta, ataja con el pie a la gata negra que intenta escaparse.

—Ésta es terrible. Es un peligro —dice, mientras le hace upa y la vuelve a dejar en el piso.

Cambio de aire

—Toda mi vida había querido bailar. Toda mi vida. Cuando entré al secundario le pedí a mi papá que me inscribiera en la Escuela de Bellas Artes pero me dijo que tenía que ser médica. A mi hermana le decía lo mismo. Terminé quinto año, empecé Psicología y al segundo año me inscribí en danza contemporánea sin decirles a mis viejos. Una amiga de Psicología me guardaba la ropa en su casa y yo la pasaba a buscar; después de unos meses yo ya había abandonado todas las materias e iba solamente a danza, así que tuve que blanquearlo.

Fue una catástrofe. Que cómo vas a dejar Psicología si te va tan bien, que cómo vas a desperdiciar todos los dieces que te sacas en los parciales, que no vas a ser nadie en la vida... No podían creer que Martina tirara todo por la borda. O así lo veían ellos.

Ese mismo año, su padre se fue de la casa. “De la noche a la mañana, bomba de humo”, dice Martina, levan-

tando las cejas, como si en alguna parte de su ser todavía se sorprendiera de esa decisión. Una tarde, Martina, su mamá y sus hermanos volvieron de la casa de su abuela y las cosas de su papá ya no estaban, no le había dado explicaciones a nadie.

—Fue un bajón, pero para mí también fue una liberación porque él había sido el más duro a la hora de querer corregirme. En su último intento para querer enderezarme y llevarme por el buen camino, una noche me llevó a un prostíbulo para que aprendiera. Yo tenía 17 años. Llegamos y dije: “no voy a entrar”. Ahí terminó de darse cuenta que no iba a poder cambiarme y tiró la toalla, no sólo conmigo sino con toda la familia porque se fue a la mierda.

Los datos del censo del año 2001, arrojaron que San Miguel de Tucumán era la quinta ciudad con más habitantes de la Argentina después de Mendoza y Rosario. Pero Tucumán no deja de ser una de las provincias más pequeñas del país. El padre de Martina estuvo dos años desaparecido y durante ese tiempo a veces se lo veía caminando por la ciudad, como pancho por su casa. “Mi tío decía “lo vi acá, lo vi allá”, pero cuando se acercaba para decirle que volviera a mi casa, él no se hacía cargo”.

—Cuando mi mamá y mi hermana se enteraron dónde estaba, lo fueron a buscar y mi viejo les dijo que no tenía familia, que no iba a volver. Un loco. Mi hermano más chico, Alexis, tenía dos años. Cuando lo volví a contactar, nos encontramos en un bar y me dijo que quería ver a Alexis, que ni lo reconocía porque no tenía recuerdos de él. Volvió a aparecer pero nunca se quedó en casa.

Los inicios

A los 19 años, Martina ya había empezado a dejarse crecer un poco el pelo y a depilarse las cejas y las piernas, pero todavía se vestía como un varón. Gracias a los estereotipos de género que se encargan a la perfección de restringir posibilidades y modos de ser, hay pocos hombres que se animan a bailar clásico, entonces los profesores la llamaban a Martina para que bailara y tomara clases fuera de los horarios de las cátedras. A los 20 empezó a bailar en el ballet de la provincia.

—En danza contemporánea conocí a la primera chica trans, Barbi, y entendí que la vida como mujer trans era posible. Ella se acercó a mí porque sabía que yo era como ella, pero no me animaba a mostrarlo. Me empezó a poner apodosos que me encantaban porque eran femeninos y a la noche iba a su casa, me prestaba ropa y salíamos. Pero cuando iba al ballet tenía que volver a tener un rol masculino.

“A mí no me importa lo que sos afuera. Acá adentro tenés que ser un hombre”, le dijo un día la directora del ballet. Era su segundo año trabajando en la provincia y ya tenía una impronta femenina, a pesar de “disfrazarme de chabón”. Se notaba mucho. “Al año siguiente audicioné para el ballet contemporáneo, gané, y ella se quería matar porque le quedaba un varón menos”, dice Martina.

Hace varios minutos que la música del smart tv ya no suena. Afuera el día está nublado y frío y de vez en cuando se ven pasar algunas personas con bufandas hasta la

nariz por la ventana del departamento. Martina quita un poco de yerba, pone un poco más y coloca agua caliente. El mate sigue impecable.

Martina continúa con el relato. En el 2006 hubo una ola de despidos en el ballet contemporáneo. Ella no cayó en la volteada —al principio—, pero con las demás compañeras que se habían quedado, tomaron el teatro y las despidieron a ellas también. Decidió cambiar de rubro y empezó a trabajar en la peluquería de una amiga trans que había conocido en un boliche. “Ahí aprendí cómo depilarme bien la cara con cera, cómo teñirme y llegar a un color lindo...”. En Tucumán, las mujeres trans que tienen plata y saben invertirla, se ponen una peluquería. El resto, si sobreviven, se prostituyen y son perseguidas por la policía y los proxenetas. No pueden vivir tranquilas.

Martina ya se vestía con ropa de mujer durante todo el día y su familia no se lo bancaba. Se juntaba con una amiga en su casa, se preparaban y salían a bailar a la noche. Su madre no le decía nada, pero su hermana le gritaba que era una vergüenza y que le estaba dando un mal ejemplo a Alexis, “que lo terminó entendiendo mejor que cualquiera”. Una noche, su amiga tocó el timbre para llevar a cabo el ritual de todos los sábados.

— ¡Ay, llegó Luis! En un rato Martín se va a convertir en Victoria —gritó Alexis y siguió mirando los dibujitos.

Para él, Martina era Victoria; la había bautizado así, como si fuera lo más natural del mundo. “El ser humano adulto le pone toda la carga morbosa”, dice Martina y yo

asiento y le doy la razón. Su madre no emitía palabra, su padre aparecía y desaparecía intermitentemente y para su hermana era la vergüenza de la familia.

Armar el bolsito

Sabía que en Buenos Aires había más chicas trans y le habían dicho que podía pasar más desapercibida. Viajó con su compañera de noches y planeaban quedarse a vivir en la casa de un profesor de danza que ya las conocía. El plan era ideal, hasta que el hombre abrió la puerta y vio a dos mujeres, no a dos varones; les permitió quedarse una semana y después las echó. Terminaron en una pensión estudiantil en Mitre casi 9 de Julio, donde vivieron un mes y medio.

Su amiga tenía ahorros, pero ella no. Al poco tiempo, Martina se quedó sin plata. Había ido a una entrevista para trabajar en un call center de Sprayette, pero nunca la llamaron. “Estaba en la lona”, sentencia. Una noche salieron a un boliche y conocieron a una chica trans que trabajaba en la calle. Que era fácil, que estaba todo bien, que la policía no las molestaba y que se cuidaban entre ellas. Le enseñaron dónde pararse, cómo cobrar y a los siete meses ya se había recuperado económicamente.

—Volví a probar suerte con las entrevistas, pero vestida de varón. El mismo call center que nunca me había llamado, me llamó. Mayor prueba de discriminación que esa, no hay. Era la misma persona pero con otra identidad.

Con esa estupidez de cambiarme de ropa tenía acceso a derechos, obra social, pude estudiar en el Colón...

Al poco tiempo comenzó a trabajar en el call center del grupo BBVA, en la parte de la prepaga. Después de un año de estar trabajando ahí, empezó a tejer confianza con sus compañeras y les fue mostrando de a poco quién era, pero en una empresa muy formal tampoco podía ir de minifalda. Su documento decía sexo masculino y tenía que vestirse acorde a eso. En un entrecruzamiento de negocios, la empresa OMINT compró la prepaga con todos sus empleados adentro. “Los dueños de OMINT eran del Opus Dei y automáticamente yo me convertí en el demonio”. Hasta que un día, una llamada desde San Miguel de Tucumán empezó a cambiarle la vida.

Fallo colectivo

Martina tuvo el DNI con su identidad autopercibida en el 2010, dos años antes de que se sancionara la ley de Identidad de Género, gracias a la organización Cien por Ciento Diversidad y Derechos y a la voluntad de una abogada inclusiva y con perspectiva de género.

—Me llamó una compañera de Tucumán para decirme que desde la organización estaban gestionando un recurso de amparo para obtener el DNI de otras cinco mujeres trans en Buenos Aires. Pasé mis datos y empecé el trámite. Había antecedentes de amparos de este tipo, una chica de Mar del Plata y Florencia de la V, pero ambos se

aprobaron después de realizar pericias psiquiátricas, distintas pruebas y con la promesa de reasignarse biológicamente. Nuestro fallo se aprobaría sólo con la afirmación de nuestra identidad; bastó con decir “soy quien soy”.

Martina fue la primera mujer en el noroeste argentino en obtener su nuevo DNI sin haber presentado antecedentes médicos, tratamiento hormonal ni pruebas psicológicas.

—De ahí comenzó un trabajo burocrático para cambiar mi partida de nacimiento. Si en el Registro Civil de Buenos Aires trabajan dinosaurios, imagínate los que trabajan en el de Tucumán: son restos fósiles directamente —dice y ríe.

Antes de presentar el fallo colectivo, Martina había pedido en su trabajo que la llamaran como ella quería. “Tu documento dice que sos hombre. Hasta que eso no diga lo contrario, yo te voy a seguir tratando así”, le respondió su jefe.

—Y le llevaste el documento nuevo... —le comento, mientras ceba mate.

—¡No! Le llevé el fallo de la jueza, se lo puse encima del escritorio y le dije: “acá, una jueza dice que me tiene que tratar en femenino. Tome, se lo dejo para que lo lea” —me responde Martina en voz alta mientras hace que deja unos papeles arriba de la mesa —¡se lo dije con un placer! Porque el tipo era psiquiatra, imagínate, fue maravilloso poder empoderarme así.

Nueva identidad, nuevos lugares

Martina debutó en el Maipo en el 2012 con “Las reinas del strip”. Era su primer papel femenino y estaba feliz por haber retomado la danza como mujer. Había decidido distanciarse del baile para alejarse de las personas que la habían conocido con su otra identidad y no quería volver a reencontrarse hasta no disfrutar todo lo que no había podido disfrutar hasta ese momento.

—Conformé un elenco de mujeres lindas: era el lugar que quería ocupar y que me negaron desde que había nacido.

Es difícil que la carrera profesional de las bailarinas supere los 40 años. Por eso, Martina sentía que necesitaba algo más. Quería perfeccionarse para poder enseñar cuando se retirara. Renunció a su trabajo en OMINT, juntó sus ahorros y se fue con una amiga a Barcelona.

—En España tuve un entrecruzamiento de vulnerabilidades: era trans y migrante sin papeles, entonces lo laboral me costó muchísimo. En las entrevistas, si no me fletaban por trans, me fletaban por inmigrante ilegal. El único laburo en el que pude encajar porque los dueños tenían una visión un poco más amplia, fue en un club de strip. Me gustaba tanto bailar pole dance que me llamaban de otros lugares y me recomendaban para ir a otros clubes.

Pero el club de strip no dejaba de ser un ambiente hostil para las mujeres. Cuerpos ofrecidos como mercancía, a veces en contra de sus propias voluntades, a merced de los consumidores masculinos que se acercan con

aires deseosos de poder tocar algo, un brazo, una pierna. Martina empezó a militar y el ambiente del club del strip empezó a hacerle ruido. Renunció y consiguió un trabajo en un gimnasio como profesora de agua gym.

—Cada vez aguantaba menos los comentarios machistas, trataba mal a los clientes, no tenía la misma tolerancia de antes.

—Es que cuando te ponés los anteojos violetas... —le digo. Hago referencia a cuando una empieza a interesarse por las cuestiones de género.

—Sí, no te los sacás más.

—No ves una película ni una publicidad tranquila.

—Es que el machismo está en todos lados —responde.

Martina unta una tostada con mermelada y la come lentamente. Parece que el agua caliente fuera eterna. Los mates perfectos siguen circulando.

Pero el trabajo no fue lo único que encontró Martina en Barcelona. Allá conoció a su exmarido, volvieron a la Argentina y se casaron en Tucumán, rodeados de la familia de Martina. Después de una luna de miel en Córdoba, a principios de 2016, volvieron a Buenos Aires a buscar departamento y comenzó nuevamente la búsqueda laboral.

Después de tener 25 entrevistas, entré a Gire, la empresa dueña de Rapipago. Yo sabía que tenían un perfil inclusivo porque hablaban de diversidad, de incluir personas mayores y además había dos matrimonios igualitarios dentro del plantel. Nunca habían incorporado a una persona trans, entonces cuando aparecí, conté mi experiencia y dieron el debate.

Martina ingresó a la empresa sin ninguna advertencia hacia sus compañeros. No había necesidad de hacer ninguna aclaración de ningún tipo. Además de su trabajo, también da capacitaciones y charlas en empresas sobre diversidad fuera de su horario laboral. Dice que hay muchos lugares donde existe una Dirección de diversidad, pero son incapaces de incorporar personas trans, y ahí es donde hay que hacer el trabajo.

Sus días, hoy

Pero además de trabajar en Gire, Martina estudia Dirección Teatral en la Escuela de Arte Dramático de la Ciudad, una carrera que dura cuatro años y a la que sólo ingresan 20 personas después de presentar un proyecto: la tarea es presentar la puesta de escena de una obra, teniendo en cuenta la escenografía, luces, actores, actrices... sin saber absolutamente nada.

—La dirección teatral me está dando todo lo que la danza no me dio. A mí me ponés una piedra enfrente y yo la pongo a bailar, pero en el arte dramático todavía hago un poco de agua, así que estoy feliz.

La última vez que Martina fue a San Miguel de Tucumán fue en marzo. En su casa, sentó a la mesa a sus padres y tuvo una pequeña charla.

—Me parece que Alexis es gay. No trajo ninguna chica a casa todavía... —dijo su madre. Martina se puso de la cabeza.

—¿Vos no te das cuenta de lo mal que hiciste las cosas conmigo y ahora querés repetir lo mismo con Alexis?

—Pero ¿qué hice mal? —preguntó sinceramente. Martina dice que nunca llegó a comprender por qué había tenido que reconstruir la relación madre-hija, no sabía qué era lo que había pasado.

Su padre no emitía sonido alguno. Él había sido el artífice principal de la violencia dentro de su casa. Lo sabía.

—A mí me costó diez años sacarme la tristeza y la bronca de haber vivido lo que viví con ustedes —rompí el silencio Martina —entiendo que ustedes no tenían herramientas, que venían de una familia que los había criado así, pero eso no justifica la violencia que yo sufrí por ser diferente. Yo nunca dejé de ser su hija —les sentenció a sus padres.

Martina se tranquiliza y baja el nivel de la voz. Se acomoda en la silla, descruza las piernas, se relaja. ¿El mate? Sigue intacto. Sigue.

—Una vez escuché a una chica trans decir: “para mí, mis padres están muertos, y ojalá que estén en el infierno”. No es fácil.

—Bueno, vos dijiste que cuando tu viejo se fue de tu casa te sentiste aliviada.

—Sí, fue el final de años de opresión y violencia.

Más del 90% de las mujeres trans sigue recurriendo a la prostitución como única manera de subsistir. Martina cree que para hablar de la realidad laboral de cualquier persona implica tener en cuenta la posibilidad de acceso al trabajo.

—La meritocracia es una estupidez. Es dejar de lado

toda una realidad social que va más allá de esforzarse o no. La realidad de las personas trans para encontrar un trabajo en Capital Federal está igual que hace diez años. Imaginate, si nosotras nos convertimos en personas en el 2012, es como si pusieras a un nene de cinco años a trabajar, sin herramientas ni conocimiento. Pensá que hay un gran número de chicas que tampoco terminó la escuela primaria. Sí, hay más oportunidades que antes, pero cada empresa tiene un contexto de mayor o menor inclusión y eso es lo que hay que cambiar.

El gato gordo de ojos celestes irrumpe en la habitación y se sube a una de las sillas para espiar por la ventana. Lo acaricio, pero no se deja tocar mucho. Hablamos del movimiento de mujeres y de cómo, de a poco, los cambios están empezando a ocurrir. Martina recuerda lo que le dijo la jueza que les aprobó el fallo para modificar el DNI: “Con este acto, simplemente vengo a reparar una mínima parte de todo lo que estas personas sufrieron”. Dice que esas palabras le quedaron marcadas a fuego. Seguimos charlando de cómo las nuevas generaciones están acompañando el cambio de paradigma y cómo la sociedad hace cinco años era muy diferente a cómo es ahora, aunque sigue habiendo mucho por lo que seguir. Martina mira por la ventana, me dirige la mirada de nuevo y con una sonrisa enorme dice:

—Que se agarren porque la revolución feminista ya empezó.

VALENTINA

La oficina de Valentina queda en el entrepiso del Anexo de la Cámara de Diputados, en La Plata. El frente es puro vidrio: las puertas y las ventanas dejan ver el interior amplio, limpio, con olor a desinfectante. En el centro del salón hay un escáner. Mientras lo atravieso pienso el miedo que da el sólo hecho de pasar por ahí, aunque no lleve armas o algún objeto punzante que pueda resultar peligroso para algún funcionario.

A la izquierda está el mostrador principal. Detrás de una mesa alargada, un joven de veintipocos años, camisa, pantalones ajustados y el pelo cuasi engominado, me pregunta qué necesito. Le respondo, me pide mi número de documento, me saca una foto que no me gustaría ver ni aunque pudiera hacerlo y me da una tarjeta que dice “visita”. Subo las escaleras, toco la puerta y aparece Valentina:

mide, por lo menos, un metro ochenta. Es morocha, con anteojos y las cejas tupidas.

Me hace pasar a la oficina mientras habla eufóricamente. Cada dos palabras hace un chiste, se ríe y contagia a sus compañeras que están preparando las cosas para irse. Es viernes y son más de las seis de la tarde; afuera ya es de noche, faltan pocos días para el invierno y los días se empiezan a hacer más cortos. Amaga a agarrarme del brazo y nos dirigimos a una habitación contigua donde está su escritorio y el de una compañera más.

—Vení por acá. Perdón el desorden. Ella es Julia, de la Facultad de Periodismo, ¿no? —le dice a su compañera de oficina, mirándome, buscando que le corroborara la información. La joven sonríe, ordena sus cosas, se despide y cierra la puerta. Ahora estamos adentro.

La oficina tiene dos escritorios blancos con computadoras y varios muebles con carpetas rosadas y celestes encima. En una de las esquinas está la bandera de la provincia y cerca del escritorio de Valentina, hay una pintura de Frida Kahlo pegada en un armario de metal color verde. Valentina toma asiento, pone el celular en modo avión y comienza a pintarse las uñas de rojo, mientras habla.

Nació en 1985, a dos años de la recuperación democrática y se crió en La Banda, la segunda ciudad más grande de Santiago del Estero después de su capital. No le gusta decir que viene de una familia de clase media alta, pero nunca le faltó nada. Ni ella ni sus hermanos pasaron necesidades. Hija de una maestra y de un trabajador de

Telefónica, Valentina vivió hasta los 21 años en una de las provincias más conservadoras de Argentina.

Atravesar la escuela

—Yo sentía que algo en mí era diferente, pero para mí era normal y los demás me decían que estaba mal. En el jardín nos separaban para jugar: las nenas con las nenas y los nenes con los nenes. Yo no quería jugar con los varones, entonces me escapaba para jugar a la peluquería con las mujeres. Una vez la maestra me encontró lavándole la cabeza a una de las chicas un día que hacía muchísimo frío, pegó un grito y se armó un quilombo... Llamó a mis padres para que me fueran a buscar y les dijo que había tenido mala conducta y problemas de integración.

Valentina escribe recuerdos como éste que le vienen a la mente cuando se pone a pensar en su infancia en Santiago. “Escribo, pero para mí”, dice. “¿Quién no se armó un blog y lo usó de diario íntimo?”, pienso, para mí. Valentina intenta no pintarse los dedos, pero no puede. “Cuando me bañe, lo de los costados se sale”, dice. Me río, porque yo también hago lo mismo.

—El otro día fui a la presentación del libro *El niño homosexual en la escuela primaria*. Mientras leían algunas partes, me di cuenta que esas cosas también me habían pasado a mí y que me resultaban totalmente normales. Ahí empecé a caer que en el jardín terminaba jugando sola porque no me dejaban jugar ni con los

varones ni con las mujeres y tenía que ser así, yo lo había naturalizado. Y ahora me doy cuenta de que eso no estaba para nada bien.

Las oportunidades de corregirla estuvieron presentes durante toda su infancia. Intentaron mandarla a gabinetes psicopedagogos para chicos que realmente tenían mala conducta y problemas para integrarse con sus compañeros. Valentina dice que lo único que ella quería era estudiar y sociabilizar, mientras le decían que si hacía determinada cosa, iba a ser excluida y marginada. “Crecí siendo señalada porque mis conductas no eran apropiadas”, reniega, y se muerde el labio inferior; ahora le resultan ridículos los intentos para tratar de colocarla por el camino correcto. Pero Valentina y su carácter contestatario hicieron que las cosas no fueran tan terribles. “Era bastante jodida”, sentencia.

Finalizada la segunda capa de esmalte, los dedos le quedan rojos; no hay chance de que esa mano quede bien pintada. “Siempre la izquierda queda más prolija”, le digo. Interrumpe lo que estaba diciendo y me dice que pare el grabador porque tiene que ir al baño y sale de la oficina a una velocidad entre la caminata rápida y el trote. A los dos minutos vuelve:

—Uf, ya está —dice aliviada —sigamos.

Valentina cree que sus padres supieron desde siempre que ella era diferente, pero que nunca se animaron a hablarlo por miedo a lo que pudieran llegar a decir de ellos. “Ay, el hijo de Doña Bella...” recuerda que comentaban por lo bajo los vecinos. La cambiaron de escuela muchas

veces por el qué dirán y tuvo que bancarse muchas cosas para poder terminar la primaria.

—Cuando tenía siete años le pedí plata a mi mamá para comprarme un sacapuntas en una librería que estaba enfrente de casa. Cuando fui, agarré uno que tenía forma de teléfono, de color rosa y con la cara de Minnie. Volví y no se lo mostré a mi mamá, pero cuando la maestra Amanda lo vio, empezaron los problemas. Me dijo que era un maricón, que esas cosas eran de nena, y yo le dije: “bueno, si yo soy un maricón, usted es una marimacho” —lanza una carcajada ruidosa —ahí me llevaron a dirección.

La mayoría de las veces Valentina no se quedaba callada, aunque eso no evitó que pasara la primaria en un ambiente hostil. En el aula era sociable y siempre quería hacerse notar y resaltar, pero para la maestra eso era tener actitudes de discordia y de distracción. “A veces era yo la que no se podía concentrar y cuando volvía a mi casa mi mamá me tenía que explicar lo que había visto en clase porque no había escuchado nada”, dice, mientras se sopla las uñas de una mano y sacude la otra suavemente en el aire.

En el secundario las cosas se pusieron peores. Ya estaban todos más grandes y podían ver que ella era diferente. Y, tal como decía la sociedad santiagueña, lo diferente era malo y había que excluirlo. Se le reían en la cara, la golpeaban, se burlaban de ella y hasta la encerraban en el baño. Con los varones no tenía relación y las amistades con las mujeres le duraban poco: los insultos y las agresiones también iban dirigidas a las personas que se juntaban

con ella, un “rarito”. Además, a Valentina la habían adelantado un año, entonces además de rarito, era *nerd*. Ahí, la cambiaron de escuela.

Los cambios

—Empecé a usar pantalones Oxford, remeras ajustadas y el pelo casi por los hombros. Un día no me dejaron entrar a la escuela porque me había puesto un pantalón con un tajo en la cola —ríe— ahora me doy cuenta que atrás de eso había toda una lectura moralista de que yo no podía ir vestida de esa manera. Siempre me enfrentaba con los profesores por cómo me trataban. Como te dije, yo no me quedaba callada.

Valentina me pide que interrumpa de nuevo el grabador para ir a buscar agua caliente para el mate. Vuelve a los pocos minutos con un mate floreado y un termo de plástico. Agarra su celular, chequea la hora, y retoma la conversación. Presto atención: tiene puesta una remera manga larga con otra corta encima. Hago memoria: siempre que la fui a ver a debates y charlas estaba vestida de esa manera, pero de diferentes colores. Parece que es su estilo.

—No me acuerdo qué te iba a decir... —dice pensativa, pero a los dos segundos ya está retomando la conversación eufóricamente.

Sus familiares le decían que era la más rebelde de la familia, pero ella insiste con que detrás de esa rebel-

día y las respuestas inconformistas estaba la necesidad de querer mostrar lo que le pasaba y sentía por dentro. Y no podía. “Yo iba en contra de todo, pero después de retaban y castigaban, imagínate”.

—Hubo una etapa que me la pasé durmiendo en mi pieza, estaba deprimida, no tenía ganas ni de ir a la escuela ni de estar en mi casa. A veces me trepaba al techo y me quedaba ahí pensando, tranquila. A veces lloraba y otras veces me quedaba dormida. No tenía ganas de salir a bailar porque sabía que se me iban a reír. Era lo mismo que estar en la escuela.

El último año del secundario hizo un grupo de amigas con las que se sigue juntando cada vez que vuelve a La Banda. Ese año tuvo una maestra que “la tenía clara”, que la permitía ser y hacer lo que ella quisiera. En 1994 hubo un estallido social en Santiago del Estero, hacía más de 50 años que estaba gobernando la misma familia, los Juárez: persecución y censura incluidas. En ese entonces, la maestra daba contenidos de salud sexual y era hostigada, entonces dictaba sus clases debajo de un árbol, en el patio de la escuela. Un día, Valentina se acercó y empezó a escucharla. “Me di cuenta que la estaban discriminando y yo sentía que le pasaba lo mismo que a mí, aunque no caía que lo mío también era discriminación”, explica Valentina. La recuerda con nostalgia, se había sentido identificada con ella. En marzo, cuando volvió a Santiago del Estero, se la encontró en una charla y le dijo que iba a sus clases al aire libre. “Ahora somos amigas y nos agregamos en Facebook”.

Valentina ya había adoptado el pelo con un corte carré. Ese fue el detonante en su casa, el momento en que empezó a mostrar su verdadera identidad. “Así no son las cosas”, le dijeron, y empezaron a sacarle privilegios que tenía como hijo varón y heterosexual, dejaron de darle plata para salir o para comprarse ropa como una forma de disciplina.

Amar al prójimo

Como parte de una buena familia de clase media en una sociedad conservadora, la mamá de Valentina iba a reuniones de la Iglesia con otras mujeres como ella. Recuerda que en los primeros años de su niñez, el grupo de mujeres organizó una donación de juguetes para regalarles a los chicos de un hogar. Valentina las acompañó, pero cuando quiso ir a jugar con los chicos, su madre no la dejó. “Con esa gente, no. Ellos rompen los juguetes, no los cuidan”, le dijo. “Ahí me di cuenta de la doble moral: yo no podía jugar con ellos porque eran malos, pero después íbamos todos los domingos a misa”, se burla. Pero las reuniones religiosas también le dieron algo bueno.

—Cuando tenía quince años, vi en una de las reuniones a Luis, le decían todos. Era rubia platinada, alta, diosa. Yo les decía que era “la Luisa”, no Luis. Ese año me llevé geografía y mi mamá me mandó a la casa de Luisa para que me preparara porque era profesora. Cuando fui, se dio cuenta de lo que yo era y me invitó a salir con ella a

un boliche que se llamaba Si te viera tu madre. El sábado inventé una excusa, me vestí de chonguito y fui a bailar con “la Luisa”; ella tenía unos tacos altísimos. Cuando entré dije: “¡¡GUAU!!”. Era mitad de semana y ya quería que fuera sábado de nuevo.

Valentina habla a los gritos, revolea las manos para todos lados, y sigue relatando las historias de su adolescencia. Me cuenta que el fin de semana siguiente le sacó los tacos a la hermana, se puso un corset y arrancaron en la moto de “la Luisa”, que le dijo que estaba divina. Esa noche se le acercó un chico para sacarla a bailar.

— ¿Cómo te llamás? —le preguntó.

—... —Valentina no sabía qué contestarle. Se quedó muda. Se hicieron varios segundos de silencio, hasta que apareció otra chica trans para salvarla.

—No la molestes. Se llama Lara —respondió. Sus amigas trans la llamaron así durante algunos meses.

Después se pusieron de novios y lo presentó en su casa como “un amigo”. Valentina ya salía a bailar maquillada, con el pelo largo y las cejas y piernas depiladas. Una noche su madre no quería dejarla salir y ella le contestó que se iría igual. “Si vas a hacer lo que querés, andate”, le respondió su madre; eso hizo y no volvió hasta dos meses más tarde. “Mi papá era un banco, solamente estaba para darme plata; no importa si era para comprar droga o comida, él no tenía idea y me daba dinero igual”.

—Me fui a la capital de Santiago, en un barrio de las afueras donde vivían otras chicas trans. Incursioné en el trabajo sexual obligadamente, porque tenía que pagarme

la comida y la ropa. Hablaba con mi hermano por teléfono y organizábamos para vernos en una plaza; no quería que supiera dónde estaba viviendo. Es con el único hermano con el que tengo relación, capaz porque es gay... —ríe —no sé. Un día me levanté y fui a comprar pan. Cuando volvía, vi tres patrulleros afuera de la casa. “Ya está, me encontraron”, pensé. Mis papás habían hecho la denuncia por averiguación de paradero. Mientras caminaba, vi cómo los policías saltaban de los autos como si estuvieran por hacer un allanamiento. Si pusieran el mismo esfuerzo en otras cosas...

Quisieron llevarla a un instituto de menores porque tenía 17 años. Una hermana de su padre, sin hijos, decidió hacerse cargo y vivió con ella un mes. Después tuvo que volver a su casa bajo la condición de estudiar una carrera. Durante ese tiempo sus padres ya habían reunido todos los papeles para que se inscribiera, así que empezó una tecnicatura en Gestión y Ciencias Jurídicas, en la Universidad Católica. “Estaba lleno de curas y monjas... no me gustaba para nada”, recuerda, con cara de desprecio. Terminó de cursar, pero no pudo seguir rindiendo porque su madre se enfermó y, según sus otros hermanos, ella y Sebastián, su hermano gay, tenían la culpa, porque ese mismo año se habían enterado que Sebastián tenía un novio. Todavía no habían hablado de la identidad de Valentina, porque esos temas no se tocaban.

Un día, Valentina se estaba maquillando en el baño, su madre abrió la puerta de golpe y la vio:

—Ay, o sea que vos sos... ¿cómo se dice? ¿Homosexual? ¿Maricón? ¡Entonces no voy a tener nietos! —exclamó, horrorizada.

—No sé, mamá, qué sé yo...

Su madre la abrazaba y lloraba.

—Mamá, me estás ensuciando toda la remera... —le dijo tratando de alejarla.

Con la enfermedad de su madre tuvo que quedarse en su casa cuidándola junto con Sebastián. El resto de sus hermanos no se hacían cargo y, encima, la culpabilizaban. No tenía tiempo para salir a buscar trabajo ni para ejercer el trabajo sexual si lo deseaba, y así juntar un poco de plata. Esperó a que su madre se recuperara y se fue de La Banda para probar otros aires.

Directo a la capital

Valentina tenía una amiga trans, “la Milagros”, que se había ido a Buenos Aires a trabajar en una agencia de acompañantes y que había vuelto a Santiago por unos días para organizar una fiesta para su cumpleaños. Esa noche sacaron muchísimas fotos y cuando su amiga volvió a Buenos Aires, se las mostró a la dueña de la agencia, que quedó maravillada con Valentina. “La Milagros” le preguntó a Valentina si quería ir allá para trabajar y casi automáticamente compró los pasajes y se fue de su casa. Valentina estaba en una relación violenta y fue su única escapatoria. Nunca le dijo a él que se iba.

—Llegué a Buenos Aires y tuve que aprender el trabajo sexual, cómo pararme, dónde, cómo tratar a los clientes... pero siempre pensando que iba a ser sólo una etapa. Creo que el trabajo sexual es una vida útil para explotar el propio cuerpo como con cualquier otro trabajo. Sabía que no iba a estar ahí para siempre, pero en ese momento tenía que hacerlo. Aguanté que me robaran y hasta dormí en el banco de una plaza. Estuve desde marzo a diciembre en Capital, hasta que volví a La Banda para las fiestas, con el culo y las tetas hechas —lanza una carcajada.

Valentina chupa el mate y ceba el próximo. El vidrio de las ventanas es opaco, pero empiezan a escucharse desde afuera bombos y tambores, gritos, estruendos de bombas. Nos miramos, no sabemos qué está pasando. “Deben ser los de Atanasof”, dice Valentina. Faltan unos meses para las PASO de este año y Atanasof es uno de los dirigentes político platenses que prepara su campaña. Más tarde, al irme, confirmaría que efectivamente era la gente de Atanasof.

—La readecuación de mi identidad externa era un complemento de lo que me pasaba por dentro. Yo no medí el impacto que iba a tener porque siempre me había sentido así, ¿entendés? Caí a mi casa y todos me miraban con los ojos abiertos... ahí dije: “bueno, ¡aplaudan!”. Me había puesto una musculosa pensando que no se iba a notar mucho y obviamente se notaba. En un momento me fui al baño y mis primas vinieron para tocarme las tetas que, imagínate, las tenía como dos ganglios, acá arriba — señala y se pone las manos en el cuello, imitando la altura a la que tenía las tetas nuevas.

Se escucha un bombazo y nos asustamos. Valentina suelta un pequeño grito.

—En Buenos Aires tuve otra relación tormentosa, no por él sino por su familia. Venía de un barrio acomodado de Castelar, vivían en un country, imagínate. Los padres de él me odiaban y la madre me decía que me hubiera aceptado si fuera un hombre y su hijo fuera homosexual. Decía que las chicas trans no teníamos oportunidades y mandaban a la policía y a otros tipos a amenazarme. Él no pudo seguir luchando en contra de su familia y bueno, tuvimos que terminarla. Después de eso, volví a Santiago del Estero durante cinco meses y me deprimí —dice y se ríe —pero también empecé a militar en ATTTA y cuando volví a Buenos Aires seguí yendo a las reuniones.

Durante esos meses que estuvo en La Banda, se dio cuenta de que allá no iba a tener oportunidades de nada. Sentía que avergonzaba a sus amigas y que era un problema en su casa cuando estaba allí, pero que cuando estaba lejos estaba todo bien. Cuando volvió a Buenos Aires empezó a trabajar en Quilmes, pero tenía problemas con el alquiler y unos amigos le ofrecieron quedarse en su casa en La Plata y desde hace cinco años que no volvió a mudarse.

Resuenan los bombos y los gritos. El mate ya deja ver los primeros palos flotando, pero el agua sigue caliente. Valentina agarra un esmalte transparente y se pinta las uñas, dando por finalizado el proceso de manicuría. Ahora sí, el color le va a durar un poco más.

—Imagínate cómo era ser trans hace cinco años, en una sociedad tan machista y patriarcal... Acá incursioné

en el trabajo sexual de nuevo y me inscribí en la Facultad de Derecho, donde, obvio, la pasé como el culo. Cuando teníamos que hacer trabajos en grupo y organizábamos para juntarnos tal día a tal hora, mis compañeros no aparecían. Un día teníamos que exponer un tema y nunca fueron. El profesor de esa materia fue lo único bueno que rescato de esa facultad. Se dio cuenta de la situación, hizo que yo expusiera mi tema, me puso un ocho y los demás perdieron la materia.

Los bombos paran de repente y la gente se aleja lentamente de la calle.

—El derecho al trabajo es universal, no deberíamos estar hablando de cupo laboral trans o de la ley de paridad. Todos tendríamos que tener el mismo acceso y las mismas oportunidades. A veces pienso que es contradictorio hablar de una ley para que las personas trans accedan al trabajo cuando somos personas como cualquier otra.

Las palabras de Valentina denotan cierta indignación, la frente se le frunce y se saca los anteojos, poniéndose seria. Sigue hablando. Su primer trabajo formal fue en la Municipalidad de La Plata, junto con Karola Macedo y Laura Moyano. En el 2015, cuando las despidieron, a ellas dos las reincorporaron a los diez días, pero a Valentina no: ella había denunciado en el INADI a Julio Garro, el intendente de La Plata. La demanda falló a su favor y no sólo la reincorporaron, sino que también le dieron un puesto más alto en el Anexo de la Cámara de Diputados. “Durante el tiempo que estuve desempleada, tuve que recurrir de nuevo al trabajo sexual obligada. No tenía ganas

de que el Estado me obligue a hacer cosas con mi propio cuerpo”, dice de manera tajante.

—Acá tratamos de laburar políticas públicas relacionadas al género y la diversidad sexual. Yo vengo del palo de la calle y de exigirle al gobierno, esté el partido que esté, no me importa, porque los derechos son para todos. Si me tengo que sentar a dialogar con un gobierno con el que no estoy de acuerdo, pero sé que las medidas van a beneficiar a mis compañeras, lo hago.

Valentina cree que para que una persona goce de una ciudadanía plena, tiene que tener, primero, acceso a la identidad. Las mujeres trans son sujetas de derechos desde hace sólo cinco años y en el 2012 pudieron pararse en ese piso de igualdad con respecto a los demás ciudadanos.

—La educación es fundamental —dice con firmeza —necesitamos maestros y maestras con perspectiva de género para que enseñen a los más jóvenes a deconstruir los prejuicios para poder cambiar la realidad. Ningún niño nace odiando, violentando o siendo machista; eso se aprende.

El mate ya dejó de circular. Cada tanto se escuchan bombazos y gritos esporádicos. También resuenan algunas cornetas. Valentina toma el celular. Me cuenta que es nuevo y que el día anterior había estado toda la tarde en la compañía de teléfono para arreglar el anterior. “Siempre te terminan sacando plata de algún lado”, concluye. Le doy la razón, asintiendo en silencio.

Valentina insiste con que si se impulsa el cambio desde la educación, se va a lograr una mayor inclusión

del colectivo LGTB y de cualquier otro sector vulnerado. La conversación termina girando hacia el movimiento de mujeres y el 8 de marzo. Valentina descruza las piernas, mueve su silla hacia un costado y se relaja. Recuerda que en el último día de la mujer, sus compañeras de oficina se quejaban de que no les habían regalado nada y ella, fiel a su carácter, les contestó que a ella le hubiera gustado recibir una caja de derechos. Reímos, porque sería genial que algo así pudiera materializarse tan fácil. Me pregunta si sigo grabando, y le digo que sí. “Bueno, grabá esto”, me dice.

—Yo veo que ahora los jóvenes les están enseñando más a los adultos. La educación está siendo más de abajo hacia arriba. Y eso pasa porque lo único que se construye de arriba hacia abajo son los pozos ¿O no es así?

MICAELA

Ese jueves de junio empezó frío, húmedo y con un paro de colectivos por el asesinato de un chofer en Claypole. La cola para el Tren Roca llegaba a las dos cuadras y no había señales del micro que lo reemplazara desde La Plata. Eran las doce del mediodía y tenía que estar a las dos en el Departamento Central de la Policía Federal para encontrarme con Micaela. Ni en una situación de crisis como aquella llegué tarde para el encuentro: 13.59 le envié un mensaje diciéndole que estaba afuera de su trabajo.

A los pocos minutos, aparece por la enorme puerta sobre calle Moreno. Mide más de un metro ochenta, de pelo oscuro con algunos reflejos naranjas y ojeras muy marcadas en una cara huesuda. Intentamos charlar en alguna oficina del departamento, pero necesitaban tener mi número de documento y otros trámites burocráticos, así

que desistimos de quedarnos ahí. Caminamos una cuadra y en la esquina de Moreno y Montevideo, encontramos el bar “Vos y yo”. Desde afuera no llama demasiado la atención: las paredes amarillentas tienen la pintura saltada y la madera de la puerta está resquebrajada; un cartel luminoso que dice *OPEN* le da el toque moderno.

Las mesas hacen juego con el color de las paredes: todo es bordó. El piso de granito rojizo y las sillas negras le dan un aspecto de uniformidad y prolijidad. Elegimos una mesa alejada de la puerta, la moza se acerca enseguida y nos da una carta. A mi derecha tengo el mostrador y puedo escuchar el ruido de la máquina de café que me aturde los oídos. Luego de unos pocos minutos, la moza regresa a tomarnos el pedido.

—Un café con leche —le digo.

—¿Lo mismo para las dos?

—No. Yo quiero un cortado. Gracias —le responde Micaela.

Me quedo pensando en cuál es la diferencia entre el café con leche y el cortado y que siempre alguien me la dice y me la olvido.

Micaela nació en Capital Federal, en el Hospital Churruca, el de la policía, porque su padre era oficial. Nunca llegó a conocerlo porque lo mataron en el 77, cuando su madre estaba embarazada de ella. Se crió en el corazón del Conurbano, en Lanús y cuando terminó el secundario con orientación en perito mercantil, volvió a la capital para empezar a trabajar en la policía federal.

Micaela dice que no sufrió viviendo como varón. Tiene en la cabeza recuerdos de estar probándose ropa de su mamá a escondidas de ella, siendo consciente de que lo que hacía no estaba bien. Las cosas que le molestaban tenían que ver siempre con lo estético. En el secundario de monjas no dejaban que los varones tuvieran el pelo largo, entonces siempre la obligaban a cortárselo. Además, los primeros vellos faciales empezaban a asomarse y Micaela los odiaba, mientras sus compañeros competían para ver quién tenía un pelo más que el otro.

La moza se acerca con nuestros cafés y nos deja un plato con dos porciones pequeñas de pastafrola. La máquina de café no deja de rugir y tengo que hacer un poco de esfuerzo para escuchar a Micaela, que de vez en cuando baja el tono de la voz, como si no quisiera que el señor de la mesa de al lado escuche lo que me está contando.

—A mí me gustaban los varones, entonces pensé que venía por ese lado. No sabía que podía vivir como una mujer trans, no conocía esa realidad. Lo único que sabía era que no me gustaban las cosas de varones, pero siempre lo viví como algo oculto y resguardado —dice.

En cuarto año se llevó casi todas las materias, repitió y se cambió a un colegio nocturno, donde no había nadie que le dijera que tenía que cortarse el pelo porque los varones no pueden usar el pelo largo.

Trabajar en la policía

Mientras cursaba en la escuela nocturna, Micaela hizo los papeles para entrar a la policía: su padre había sido un efectivo y tenía a una amiga que podía facilitarle el ingreso. Al año, la llamaron. Se fue de la casa en Lanús donde vivía con su madre y sus dos hermanos y se mudó a Capital Federal: iba a vivir sola y a tener un sueldo para comprarse ropa y zapatos y no necesitaba pedirle más plata a su madre.

—Cuando ingresé a la policía sufrí porque me seguían haciendo cortar el pelo, entonces cuando veía que la relación con mi jefe estaba bien, me lo dejaba largo hasta que venía otro y me obligaba a cortármelo de nuevo. Conocía a unas chicas trans de Lanús que habían hecho el cambio en sus lugares de trabajo y yo también tenía ganas de hacerlo en el mío, pero no me animaba todavía. Sabía que a una de ellas trabajaba en el Correo Argentino y no la dejaban ir al baño de mujeres, aunque vivía como mujer las 24 horas del día.

A los 24 años les hizo caso, empezó a animarse e inició un tratamiento hormonal. “Sigo viniendo a trabajar vestida de varón pero tomo las hormonas para frenar el tema de la barba”, pensaba. Mientras, afuera del trabajo, podía ser quien quería. Con sus compañeras, empezó a visitar boliches gays, pero no le gustaban los gays afeminados o amanerados, sino los masculinos. Había algo que seguía haciéndole ruido.

—La primera vez que me vestí me fui lejos, a un bar trans que se llamaba Suipacha, a 120 kilómetros de Buenos Aires. Llegué y dije: “sí, acá me animo”. Yo vivía sola, así que ya tenía algunas cosas que hacía en la intimidad de mi casa. La pasé genial, pero el tema era pensar cómo iban a seguir las cosas en mi trabajo. Eso es lo que nos pasa a nosotras, yo sabía que existía la prostitución o que podía trabajar de costurera o peluquera, pero ¡es siempre lo mismo! Todos los cursos para las chicas trans son sobre eso, pero igual los hice.

Mientras sigue hablando, un hombre sale del baño y pasa por al lado nuestro. La estela de olor a desodorante Axe es intensa y se nos impregna en el interior de la nariz. Ambas hacemos el mismo gesto de molestia ante el aroma. En tanto, queda cada vez menos café en nuestras tazas y Micaela tiene la primera porción de pastafrola en el tenedor que revolea suavemente en el aire.

Con el curso de peluquería hecho y aprobado, empecé a trabajar como recepcionista en el local de una amiga que también era trans. En la Policía Federal hacía turnos de 12 horas por 36 y así alternaba su trabajo en la peluquería. Un día se vestía de varón, cuando iba a la policía, y otro día se vestía de mujer, cuando iba a trabajar con su amiga. Ya tenía los pechos hinchados, la cara lisa y el pelo largo. “Cuando me subía a un colectivo, escuchaba que los chicos les preguntaban a sus mamás si yo era nene o nena, imagínate”.

—El tema salió a la luz cuando una compañera de trabajo me vio vestida de mujer mirando zapatos, un día que volvía de la peluquería. Nos vimos y yo la saludé como

si nada. Al día siguiente le dijo a mi jefe que me había visto prostituyéndome y nada que ver. Me llamaron el jefe y los gerentes y me dijeron: “vos seguí con lo tuyo, pero no te vamos a hacer atender al público” y me mandaron a una oficina por allá atrás, escondida —me dice, señalando con su mano para atrás, hacia donde estaban los baños del bar.

“Vos y yo” se va llenando de a poco. Son las tres de la tarde y hombres y mujeres se sientan a las mesas, solos o en compañía, para disfrutar de un almuerzo tardío. Los platos que puedo ver de reojo desde mi mesa rebalsan de calorías: milanesa napolitana a caballo con papas fritas, una copa con tres bochas de helado y, cerca de la puerta de los baños y menos nítido, puedo distinguir un plato de pastas con fileto o bolognesa.

Hoy, Micaela es Cabo Primero. Aunque parezca una jerarquía militar, es un cargo administrativo. No usa armas de ningún tipo ni uniforme; sólo un guardapolvo blanco. Dice que si quisiera, podría portar un arma y salir a la calle, pero no es lo que le gusta. “Me encargo de la parte humana”, comenta, y con una sonrisa agrega: “trato de ayudar a las personas, cuando dentro del Estado está funcionando siempre la máquina de impedir”. Pero llegar hasta donde está hoy no le resultó nada fácil.

Soy esto

Micaela siempre tuvo miedo de perder su trabajo; era la columna vertebral de su vida. Todas las decisiones, lo

que hacía y sobre todo lo que no hacía, las tomaba en pos de seguir trabajando. Tenía un sueldo, una obra social y un departamento donde podía ser ella misma.

Mediante un recurso de amparo, intentó tener el DNI con el nombre que ella quería. Después de pruebas psiquiátricas y que el cuerpo forense la hubiera revisado de pies a cabeza, la diagnosticaron como una “persona trans”, como si tuviera una especie de enfermedad contagiosa. A partir del 2012, todo este procedimiento no hizo más falta. El fallo judicial quedó en la nebulosa y Micaela seguía sufriendo un “bullying entre grandes”, como caracteriza ella a la situación que vivía dentro de su trabajo. Sus compañeros la llamaban por el nombre de varón y no la dejaban ir al baño de mujeres.

—Cuando me cambiaron de lugar de trabajo, decidí que iba a seguir con el cambio. Pensé: “ahora que me guardaron, olvidate, yo sigo”. En la policía están muy atravesados por la heteronorma, son MUY cuadrados — dice y revolea los ojos para arriba —. Me cargaban constantemente, pero yo me lo tomaba con humor, como hace Lizy Tagliani, ¿viste?

Si había algo que tenía claro, era que no les iba a dar el gusto de irse de ahí. Trabaja hace más de 10 años, el sueldo no sería el mismo que si sólo trabajara en la peluquería y la prostitución no era una opción, aunque muchas veces sea la salida más rápida frente a la falta de plata.

—Muchos varones me conocían y no podían creer que no trabajara en la prostitución. Por ahí yo quería te-

ner una relación seria y el tipo me quería pagar por tener sexo y ¡yo lo sacaba cagando! Piensan que las trans somos todas prostitutas porque no tenemos otra salida y porque no somos capaces de hacer otra cosa. Cuando les decía que era policía, no lo podían creer.

—Es que suena un poco contradictorio, ¿no? — aprovecho para preguntarle. Micaela hace una pausa de tres segundos.

—¡Claro! ¿Cómo es que se dice?... ¡Es Antagónico! Porque son los que nos persiguen y nos maltratan.

La máquina de café comienza a hacer ruido de nuevo, me cuesta un poco escucharla, pero en vez de levantar la voz, sigue hablando en un tono más suave:

—La lucha por mi identidad estuvo siempre ligada al trabajo, realmente no puedo arrancarla de ahí. Siempre tuve que pensar todo en relación a seguir teniendo un sueldo. Cuando le conté a mi vieja y a mis hermanos, nunca tuve un “no” por parte de ellos. Me dijeron que lo pensara, que tuviera cuidado por la calle que no me agredieran...

—La policía, por ejemplo... —le infiero.

—La policía, por ejemplo —dice Micaela y ríe, tomándose el último sorbo del café.

Visibilidad

Las hormonas iban mostrando su efecto y Micaela estaba cada vez más cómoda con su cuerpo, y sus com-

pañeros cada vez más incómodos. Los notaba resistentes a sus cambios, pero se fueron resignando porque no les quedó otra, porque no podían hacer nada y, en definitiva, porque se dieron cuenta que a ellos no los afectaba en lo más mínimo.

—No hubo un día en que entré y dije: “se van todos a la mierda”, se fue dando por episodios. Me empezaron a crecer las lolas y se notaba; no quería ponerme corpiño pero un día no dio para más y me puse. Otro día dejé de usar el pelo atado y me lo solté... y así, de a poquito, me fui mostrando. No me tomaba licencias porque no quería que me echaran, así que cuando tenía vacaciones aprovechaba y me operaba. Volvía y era otra persona. Y lo más importante: me veían segura y con mis convicciones bien fuertes.

Micaela tuvo un episodio de discriminación explícita. En 2011, el área en el que ella trabajaba, Documentación, cerró. La elaboración de los documentos de identidad estaría, a partir de ese momento, a cargo del Registro Nacional de Personas. A ella y a otros compañeros los movieron a Comando Radioeléctrico, el actual 911. Allí se encontró con compañeras que había conocido hacía 15 años, con un aspecto físico totalmente diferente. Al día siguiente, le comunicaron que volvería a trabajar en Documentación, un espacio que estaba cerrando, pero en el que trabajaban unos pocos privilegiados: alguien con un solo ojo, una sola piedad, otro con VIH, y ella, una persona trans.

—Fui al Ministerio de Seguridad, estaba Nilda Garré en ese momento, e hice una denuncia. En esa época

había un 0800 para denunciar este tipo de situaciones. Hice un escrito, lo presenté y al mes me llamaron y me comentaron que a raíz de mi reclamo había salido una resolución que decía que todas las personas trans que trabajaran en la policía podían elegir si usar el uniforme femenino o masculino. Todavía no tenía DNI, pero sabía que no faltaba mucho para que la ley saliera, entonces decidí esperar. Con el amparo tenía que operarme sí o sí y todavía no quería.

Buscar ayuda en el ministerio sirvió y se creó el Centro Integral de Género en la Policía Federal y las demás dependencias del Ministerio de Seguridad, en Gendarmería y la Policía Agropecuaria. Nilda Garré se encargó de trasladar a Micaela allí, a su nuevo lugar de trabajo. ¿La policía? Bien, gracias. El centro es donde se desempeña actualmente y todos los días recibe a hombres y mujeres trans que trabajan en la policía y les facilita los trámites, el papelerío y además charla con ellos y ellas.

—Ahí todo se volvió más fácil, porque mi problema era el trabajo. A votar vas cada tanto, al banco también, pero al laburo todos los días. La resolución fue bárbara porque desencadenó en algo totalmente positivo y me empecé a sentir más cómoda.

Micaela juega con un sobre de edulcorante y habla sobre el estereotipo de la mujer trans, que tiene que ser el reflejo mismo del modelo de mujer que espera la sociedad. La conversación sigue y desencadena en las palabras “machismo” y “patriarcado” y nos entusiasamos. Empezamos a hablar y a pisarnos un poco, entonces calmo el

entusiasmo y le dejo la palabra a ella, que me sigue contando de su trabajo. Ahí me comenta que no puede vestirse llamativa dentro de la policía. “La policía no quiere ver una rubia platinada, con aros enormes y pestañas postizas; eso está mal para ellos”, dice, poniendo cara de incrédula.

El título de una nota de Clarín de julio de 2017 explicita que, según los últimos datos del INDEC, “los hombres perciben \$14.690 mensuales y las mujeres \$10.710” porque las últimas suelen ocupar puestos de menor remuneración. La mayoría de las personas con las que trabajaba y trabaja Micaela en el área administrativa, eran y son mujeres. Es decir, las mujeres tampoco pisan fuerte en cargos de alta jerarquía.

—Recién ahora hay una subjefta en la policía que está desde el año pasado. Hay muchas ministras mujeres y hasta tuvimos una presidenta. Pero el machismo y el rechazo hacia las personas trans sigue estando fuerte. El pensamiento cambió, pero todavía falta mucho.

Realidades y experiencias

Si para las mujeres cis-sexuales es difícil competir contra los varones para tener un puesto directivo y, luego, para ganar igual que ellos, las mujeres trans sufren el doble. Micaela afirma que hay una resistencia a incorporar personas trans –sobre todo mujeres– porque no tienen título. La miro y pienso qué título pueden llegar a tener aquellas que son expulsadas de la escuela primaria y de su

familia por ser diferentes. Y me pregunto en qué momento la diferencia se volvió una amenaza y un impedimento para estudiar o trabajar.

—En mi infancia me resguardé bastante. Yo no era ninguna tonta. Cuando volvía a mi casa después de salir de la policía veía a las chicas trans trabajando en la calle y les llevaba algo caliente y me iba a bailar, pensando en que yo no tenía la necesidad de estar en esa situación. Cuando no tenés un sueldo y hay hambre, terminás en lugares que no querés.

Mientras la escucho, lanzo una mirada rápida para mi izquierda. Un hombre de alrededor de treinta años, gordo y con anteojos, come mirando su celular. Miro el mío para asegurarme que sigue grabando y Micaela se interrumpe para preguntarme lo mismo. Le digo que sí, que no hay problemas, y sigue hablando. Mi porción de pastafrola sigue intacta en el platito blanco.

—Si cualquier persona a los 40 años le cuesta encontrar un trabajo sólo por tener esa edad, imaginate una persona trans, directamente es descartable, creen que no sirve para nada. Yo ahora tengo 40, pero hace diez años ya pensaba lo que me iba a costar encontrar otro laburo si me iba de la policía por las burlas de mis compañeros. Qué bueno que me lo tomé con humor.

Micaela dice que las chicas que trabajan en la calle tienen una exigencia con el cuerpo porque los clientes se lo piden. Ella no necesitaba tener culo y tetas para ganar plata trabajando en la policía —más bien todo lo contrario—, pero son dos situaciones completamente diferentes.

A pesar de eso, fue modificando su cuerpo y desafiando la heteronormatividad dentro de la cabeza de sus compañeros de trabajo.

La salud pública

Sabía que no podía usar la obra social de su trabajo porque no la aceptarían y además le daba miedo lo que pudiera llegar a decirle su jefe. Después del diagnóstico de “persona trans”, Micaela se acercó al Hospital Durand, donde había un médico endocrinólogo muy progre que le dio sus primeras hormonas y le dijo: “no te puedo cambiar la cabeza, pero sí te puedo cambiar el cuerpo, así que vamos por eso”.

—Entraba por la sección de Urología e iba a la parte de Disfunciones Sexuales. Ahí estaba el doctor Helien, esperándome. El nombre del área era re estigmatizante; ahora se llama Área de salud trans, que es mucho más inclusivo, pero el nombre anterior no me importaba porque lo que yo quería era ayuda. A Helien le decían “el médico que atendía a las travestis” y pensaban que éramos todas prostitutas. Ahora me atiende con otro endocrinólogo y por la Ley de Identidad de Género tengo las hormonas gratis. Es bárbaro —cuenta con entusiasmo Micaela y agrega— yo llegaba a ir a una clínica privada y seguro me decían: “trastorno de la identidad. Marche presa” y nunca más.

En un primer momento, el movimiento de mujeres estuvo reacio a incorporar a las mujeres trans. Si eras un hombre, no podías entrar al baño de mujeres. No había

otra opción. “Ahora estamos todas más unidas, yo siento eso”, dice Micaela con la sonrisa que la caracteriza: le ocupa, casi literal, todo el ancho de la cara. Los labios son finos y están maquillados de un color rojizo.

Cerca de nosotras, un hombre habla a los gritos, como si no fuera suficiente con la máquina de café, que ahora parece que hace ruido constantemente. Los clientes que ingresan ya no piden una milanesa a caballo con papas fritas; el horario de la siesta se va terminando y la moza va y viene con cuentas y tazas blancas arriba de la bandeja de metal.

Matices

Micaela empezó a estudiar Veterinaria, Inglés y Psicología en los últimos años, pero dejó en uno u otro momento. Dice que el tiempo no le alcanza porque también tiene que hacer de ama de casa, así que prefiere hacer diferentes cursos; el último que hizo fue de salvavidas y lo hizo con su pareja, que en los últimos meses renunció a su trabajo en el banco y “ahora vive más relajado”, dice y se ríe. De fondo se escuchan platos chocando entre sí.

—También actúo. Estoy en una obra que se llama “Si me querés, quereme trans” e interpreto a Brenda, que muestra lo que vivimos nosotras con nuestros novios, cuando tenemos que quedarnos en pensiones, hacinadas, o la situación de enfrentarnos a alguna madre o padre súper facho —lanza una carcajada.

En 2016 empezó un curso —otro más— de teatro en el Centro Cultural Alfonsina Storni y la directora es una activista trans y trabajadora del Ministerio de Desarrollo de la provincia. Eso les permitió poder llevar la obra a varios lugares de Buenos Aires y hasta a una cárcel en Quilmes. Micaela encontró en el teatro una forma de visibilizar y visibilizarse.

—Siento que estoy ayudando a alguien que todavía no se anima a dar el cambio. En la cárcel el pabellón de las chicas trans está dentro del de varones, y obviamente tienen encuentros. Nos contaron que no les dan profilácticos y que muchas conviven con VIH. Charlar con ellas nos permitió enterarnos de estas problemáticas y pudimos arreglar con el ministerio para acercarles preservativos.

Micaela tiene la mejor de las relaciones con su madre y sus hermanos. Nunca la excluyeron ni la rechazaron. Es que se fue a los 18 años, vestida de varón, y volvió a aparecer a los 25 con otro cuerpo diferente. “Bueno, pasá”, le dijo su mamá cuando la vio parada afuera. Tiene sobrinos pequeños que no conocen la realidad trans, pero ella tampoco lo oculta, porque no hay razón para hacerlo.

Así como los mandatos sociales de tener hijos antes de los 40 recaen sobre las mujeres cis-sexuales, también lo hacen sobre las mujeres trans, explica Micaela y yo pienso “¿y por qué no habrían de hacerlo?”.

—Tía, ¿cuántos años tenés vos? —suele preguntarle el más pequeño.

—40, ¿por qué?

—Ahh, como mi mamá. ¿Y no querés tener hijos?

—Naaa, ¿para qué? —le responde Micaela.

Recuerda el día en que le preguntaron qué era ser trans, ella puso de ejemplo a Lizy Tagliani y se dio cuenta de que “los pibes entendieron todo”, pero que no asociaron que ella también era trans.

—Como soy muy alta, en un cumpleaños me vieron entrar y uno de mis sobrinos le dijo a los amigos: “miren, ahí está mi tía jirafa”. Y yo le dije: “yo no soy jirafa, solamente tengo las piernas muy largas, soy una garza” —murmura, pero suelta una risa en voz alta.

El ruido de la máquina de café cesa y siento alivio y una sensación de relajación en los oídos. Son las tres y media de la tarde, el celular sigue grabando y mi pedazo de pastafrola permanece en el plato. Los colectivos siguen sin circular y en Twitter los comentarios de los usuarios sobre si tal línea o tal otra volvieron a funcionar se contradicen. La conversación empieza a dirigirse hacia el final, Micaela sigue hablando de sus sobrinos, toma su cartera y concluye:

—Mi esencia nunca cambió. Ellos receptionan eso y es lo que tienen en cuenta: que las personas trans tenemos la valentía de hacer el cambio en este mundo tan machista y hostigante.

EPÍLOGO

El mundo del colectivo trans es usualmente narrado desde lo peyorativo: se dice que las chicas que trabajan en la calle venden droga, que tienen “inconvenientes” con la policía o que molestan a los vecinos, entre otras menciones. La infinidad de comentarios y opiniones transfóbicas y misóginas que se desprenden de estas concepciones muchas veces llevan a querer irse de este planeta.

Sin embargo, el hecho de querer cambiar la realidad machista supone tener un poco de esperanza en lo que se va a lograr y se traduce en ganas de seguir intentándolo, aunque las palabras de odio rebalsen y se interpongan en el camino. Frente al sistema machista que pretende seguir controlando los cuerpos, sus modos de vivirlos y de vivir la sexualidad, nada mejor que la resistencia feminista para impedirlo y continuar la lucha.

En el afán de no perpetuar la línea de los tratamientos mediáticos estigmatizantes y juzgadores de estas realidades, haber podido charlar con seis compañeras trans no permitió conocer la totalidad de la realidad del colectivo, pero sí tomar contacto con los aspectos más importantes de sus vidas y sus problemáticas en primera persona: sus infancias, sus familias, la militancia, el trabajo, las amistades.

El acercamiento, la charla de manera relajada y la posibilidad de ver las expresiones y los gestos, resultó gratificante para convencerme de que es un grupo social que, a pesar de haber sido y ser tan golpeado, siente unas ganas inmensas por hacerse escuchar y hacer valer sus derechos.

En relación a esto, vale decir que aún falta un trayecto muy largo para que la ley de Cupo Laboral Trans se cumpla efectivamente. Entretanto, aquellas que no quieren ejercer el trabajo sexual deben hacerlo obligatoriamente, sin protección legal alguna y sufriendo las constantes amenazas y violencias por parte de la policía y la sociedad.

Si bien el derecho está plasmado en una ley y en una serie de artículos constitucionales, todavía existe un retroceso en el cambio cultural y en las percepciones de la sociedad con respecto a la diversidad sexual. Por este motivo, hay una confianza depositada en las nuevas generaciones que conocen el feminismo desde mucho antes que las anteriores, que empiezan a interiorizarse en las cuestiones de género y que les da igual si su tía es una mujer cis-sexual o transexual. Quizá sean estos jóvenes los que en un futuro puedan garantizar plenamente la satisfacción de derechos que significaron un avance indiscutible hace algunos años.

Mientras tanto, Karola, Laura, Silvana, Martina, Valentina y Micaela se encuentran en una instancia de su vida que las ubica de un modo diferente. Ya tienen más 35 años y, por suerte —o por la contención y el amor que recibieron—, están vivas: tienen trabajo, amistades y parejas. No obstante, fueron perdiendo compañeras en el camino. Las seis lograron mucho más de lo que se hubieran imaginado a los doce años, pero eso no les alcanza. Las seis están convencidas de que tiene que ser posible un mundo mejor para las personas trans y trabajan —y militan— para que así sea.

Seis mujeres diferentes que comparten la identidad política de ser trans. Seis historias cargadas de recuerdos, alegrías, tristezas, trabajo, militancia, pero sobre todo: lucha. Una apuesta a correr la vista del sistema binario del sexo y el género y a entender otras realidades diversas, relegadas, pero fuertes y valientes. Mujeres que le hacen honor a su género y que no van a bajar los brazos hasta lograr un mundo inclusivo, con derecho a la identidad y acceso al trabajo formal.

TRABAJO
TRABAJO
TRABAJO
TRABAJO

